



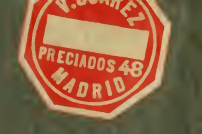
ALFONSO REYES

SIMPATÍAS Y DIFERENCIAS

SEGUNDA SERIE



MADRID.--1921


PRECIADOS 48
MADRID

SIMPATIAS Y DIFERENCÍAS

2.ª SERIE:

I. CRÍTICA.—II. HISTORIA MENOR

DEL MISMO AUTOR

Cuestiones Estéticas. París, 1911.
Cartones de Madrid. México, 1917.
El Suicida, libro de ensayos. Madrid, 1917.
Visión de Anáhuac (1519). San José de Costa Rica, 1917.
Retratos reales e imaginarios. México, 1920.
El Plano oblicuo: cuentos y diálogos. Madrid, 1920.
Simpatías y diferencias (1.ª serie). Madrid, 1921.
— — (2.ª serie). Madrid, 1921.
El Cazador (ensayos). *En prensa.*
Huellas (poesías). *En prensa.*

En la REVUE HISPANIQUE, de París

El «Periquillo Sarniento» y la crítica mexicana, 1914.
Ruiz de Alarcón y las fiestas de Baltasar Carlos, 1916.
Cuestiones gongorinas: Sobre el texto de las *Lecciones Solemnes*, de Pellicer, 1918.

En la REVISTA DE FILOLOGÍA ESPAÑOLA, de Madrid

Góngora y «La Gloria de Niquea», 1915.
Sobre: A. Coster. *Baltasar Gracián, 1601-1658* (publ. en la *Revue Hispanique, 1913)*, 1915.
Contribuciones a la bibliografía de Góngora (en colaboración con Martín Luis Guzmán y Enrique Díez-Canedo), 1916-1917.
Un tema de *La vida es sueño.* (El Hombre y la Naturaleza en el monólogo de Segismundo), 1917.
Sobre Mateo Rosas de Oquendo, poeta del siglo XVI, 1917.
Las dolencias de Paravicino, 1918.
Reseña de estudios gongorinos (1913-1918), 1918.
Cuestiones gongorinas: Pellicer en las cartas de sus contemporáneos, 1919.

En el BOLETIN DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA, de Madrid

Los textos de Góngora. Corrupciones y alteraciones, 1916.

EDICIONES CON ESTUDIOS Y NOTAS

Edición, prólogo y notas: Juan Ruiz, Arcipreste de Hita. *Libro de Buen Amor*, Madrid, Calleja, 1917.
Selección, prólogo y comentarios: Quevedo. *Páginas Escogidas.* Madrid, Calleja, 1917.
Prólogo: Fray Servando Teresa de Mier, *Memorias*, Madrid, Editorial-América, 1917.
Selección, prólogo y notas: Juan Ruiz de Alarcón. *Páginas Escogidas*, Madrid, Calleja, 1917.
Edición y prólogo: Baltasar Gracián. *Tratados (El Héroe, El Discreto, El Oráculo, Una Carta)*, Madrid, Calleja, 1918.
Edición, prólogo y notas: Ruiz de Alarcón. *Teatro (La Verdad Sospechosa, Las paredes oyen)*, Madrid, La Lectura, 1918.
Texto y prosificación moderna: *Poema del Cid*, Madrid, «Calpe», 1919.
Edición de Juan Ruiz de Alarcón. *Los pechos privilegiados* Madrid, «Calpe», 1919.

ALFONSO REYES

SIMPATÍAS Y DIFERENCIAS

SEGUNDA SERIE



MADRID.—1921

Imp. E. Teodoro.—Glorieta de Santa María de la Cabeza 1.—Tel. 552.

I

CRÍTICA

LA NOVELA BODEGÓN

LA NOVELA BODEGÓN (1)

El título de esta novela corresponde a lo que, en español, podría ser, por ejemplo, una novela que se llamara «El duro sevillano» y tratara de un mal sujeto de buena presencia. Cuando Apollinaire era un niño, corría por Europa una moneda suiza en cuyo escudo aparecía una mujer sentada: era una moneda falsa; había que conocerla para no recibirla, como hoy es fuerza distinguir el 5 del duro legítimo, del 5 del duro sevillano.

(1) Guillaume Apollinaire, *La Femme Assise*, París, «Editions de la *Nouvelle Revue Française*», 1920, 8.º, 268 páginas.

Ya ha comprendido el lector que la protagonista de esta novela, Elvira, la *femme assise*, es una pájara de cuenta. Su abuela, Pamela Monsenergues, recogida en el bulevar por un profeta americano que reclutaba corderas para la colonia de mormones de Deseret, se dejó embarcar rumbo a América, adonde llegó un buen día vestida con traje de marinero, las manos en los bolsillos y dispuesta a escoger marido con toda parsimonia. Los grandes señores de la colonia destacaron hacia ella, para catequizarla, los ejércitos de sus esposas—quién catorce, quién veinticinco—; y ella se dejó ganar al fin por las esposas de cierto inglés escéptico, de barba en collar, rostro pálido y desteñidos cabellos, quien nunca llegó a poseerla, y de quien huyó al cabo—acosada por la nostalgia de su París, su bulevar, su Romainville y su Porte Maillot—para entregarse a otros amores más conformes con sus nociones francesas del pecado. Elvira, la nieta, tras de pasar por las manos de un médico que abusa de la intimidad profesional (él de treinta y seis años, ella de quince), pasa por las de un gran duque Petrovich, poseedor de los caballos más bellos de

toda Rusia; oscila después entre Nicolás Varinoff—pintor ruso—y Pablo Canouris—pintor de azules manos, medio albanés y medio malagueño—; y, finalmente, llevando al extremo heroico la reacción iniciada por su abuela contra la poligamia, se decide por la poliandria y se instala simétricamente entre seis amantes: Varinoff, un clown piamontés, un estudiante de Medicina, un mutilado bimanco, un aviador de Ruritania y un artillero. Para conservar su independencia, vive de su arte: era pintora. (El autor, al contemplarla sentada frente al caballete, ha tenido la revelación de que su Elvira es la *femme assise*, la falsa moneda helvética que «no pasa»). Y en el fondo, su verdadera afición han sido siempre las mujeres.

Este rápido resumen pudiera inducir a error. El lector se figurará que todas estas peripecias de amor (o lo que fuere) se desarrollan, entre sobresaltos sentimentales, a través de las 268 páginas del libro; y se pasmará si le digo que apenas ocupan tales peripecias mayor espacio del que yo mismo acabo de concederles en esta reseña.

—¿Y el resto del libro?

Aquí está el misterio: voy a explicarme. Entre las mil maneras de tratar un tema novelesco, hay dos maneras extremas y contrarias: una es la novela que—metafóricamente, claro está—dura tanto como la acción que narra, nace con el héroe, acompaña pacientemente el despertar de su conciencia infantil, plañe sus primeras pasiones y canta sus primeros triunfos, madura cuando el héroe se establece en la sociedad—en ese mediodía de la vida sobre cuya cima han de ir agolpándose las nubes de la catástrofe—, decae lentamente con él, y con él muere. En estas novelas el autor es fiel y constante espectador de la vida de su héroe, ante el cual se limita, como el coro de la tragedia griega, a observar y a exclamar. Estas novelas, como es natural, tienden a alargarse desmedidamente (no lo digo por Marcel Proust: de éste he de tratar en otra ocasión); y, en los peores ejemplos del género—la eterna novela inglesa en dos tomos, la novela «respetable», a que las institutrices de hace medio siglo eran tan aficionadas—merece las burlas que le dispara Oscar Wilde en su

conocida comedia *La importancia de ser Severo* (creo que esta es la mejor traducción del título: *The Importance of being Earnest).* En este modo de novelar creyó ver un día Thibaudet la técnica más propia de la novela y, analizando la obra de George Elliot, se dijo más o menos:

—Estas novelas nos dan la sensación del tiempo que crece, de la *durée réelle* bergsoniana.

A una parte, pues, tenemos las novelas de la *durée réelle.* Y en el polo opuesto, necesariamente, las novelas que reducen el proceso de una vida a dos o tres instantes simbólicos, en torno a los cuales se procura cargar una atmósfera concentrada (las «veinte atmósferas» que Gautier sentía en las «Meninas» de Velázquez), que produzca de por sí, como en un golpe simultáneo, la comprensión de todos los estados sucesivos que no han sido descritos.

Supongamos ahora que, en esta novela de los instantes simbólicos, el autor se desinterese de la psicología de su personaje, la dé por sabida, la reduzca a un dibujo simple y obvio; supongamos que se despreocu-

pe del conflicto dinámico de las pasiones, y que escoja esos instantes simbólicos de la vida de su héroe, no como escoge la microquímica una partícula de un cuerpo—para desentrañar las substancias y las fuerzas que han concurrido a producirlo,—sino como escoge el dibujante el contorno de un objeto—para hacer descansar sobre él la maraña de líneas de todos los objetos ambientes. Entonces estaremos ya a mil leguas de la novela psicológica (que, en un extremo, vivía con el héroe, entrando en el crecimiento de su alma; y, en el extremo opuesto, se contentaba con tomarle el pulso al héroe de tiempo en tiempo: en los instantes de crisis); entonces habremos llegado a un género novelesco en que el héroe, más que una realidad psicológica, posee un valor decorativo, pictórico: como un objeto cualquiera, que vale por su propia forma y color, y también como punto de reposo para todo un ambiente de colores y líneas. Entonces habremos llegado, en suma, a la «novela-bodegón».

Y eso es precisamente la actual novela de Apollinaire, una novela concebida como concibe el pintor

una naturaleza muerta. Y tratándose de Apollinaire, ya se comprende que su técnica es la de los pintores cubistas. En su tela hay dos figuras centrales, dibujadas con precisión, en dos ambientes de época que compiten y se responden como una estrofa y una antistrofa: Pamela y Elvira, la abuela y la nieta. En torno a ellas, y en distintos planos conjugados, aparecen y desaparecen caras de hombres y de mujeres, vense fugas de caballos por las avenidas de la antigua Petersburgo, y procesiones rituales en la colonia mormónica plantada en los desiertos de Norteamérica; profetas barbudos y «poilus» afeitados (valga el chiste); noches de Carnaval de París, y noches de representación en la honesta Deseret, brúscamente cortadas por un especie de rapto de las Sabinas; héroes (sin ademanes teatrales) y espías (sin actos de espionaje); anécdotas de vida literaria, disertaciones sobre cosas diversas, curiosidades, noticias peregrinas—todo combinado en un kaleidoscopio sin fin.

Apollinaire se vale de un sistema muy fácil para enjertar, en el cuadro central, sus cuadros digresivos: ya a través de la charla de un personaje, y escondiendo

un relato dentro de otro (como en las colecciones de cuentos árabes); ya por una transición brusca, no explicada ni justificada (a reserva de apoderarse, páginas más allá, para reanudar el hilo cortado, del menor pretexto, sin alarde alguno de habilidad técnica, sino brutalmente y «porque sí»); ya por una degradación de tonos que recuerda esos abanicos de matices, esas olas evanescentes de color mediante las cuales el pintor cubista va, desde una mejilla, a un frasco de vidrio en que se refleja (o irrumpe) un coche que pasa por la calle.

Nosotros, enamorados impenitentes de la «forma» —de la Forma, en toda la rotundez latina, en toda la rotundez de coliseo romano, que el concepto implica;— tras de haber pasado por las dislocaciones de espejos quebrados del cubismo, quisiéramos volver—como a estas horas lo hacen los cubistas de París—a la síntesis, al dibujo de conjunto, al «arabesco», de que se hablaba con tanto desdén antes de la guerra, aunque aprovechando, claro está, las enseñanzas de taller del cubismo. Quisiéramos, pues, que este «enjerto» de temas y espacios diferentes con que la novela de Apollinaire

está tramada, se hiciera con cierto sentimiento de necesidad y de forma, con cierto sentimiento rítmico que tampoco ha de ser por fuerza la simetría elemental del «cuento de cuentos» al tipo árabe; con cierta sensación del momento en que el cuadro central se hincha de por sí y produce—como célula que se parte—el cuadro accesorio. Una ley superior ha de presidir a esta conjugación caótica de episodios y disertaciones, y no creemos que Apollinaire la haya descubierto, bien que la presienta por instantes. En este sentido, sin desearlo, Apollinaire ha hecho una novela cubista de «primitivo».

Sin desearlo digo: Apollinaire no se jacta, en efecto, de primitivismo, que es el peor amaneramiento. Podrá ser brutal—lo es muchas veces—pero no afectado. Es siempre sencillo, y algo cínico, tanto en la manera como en el asunto. Por la manera o estilo, ni alardea de francesismo (en él fuera falso, y esto sólo lo descubriría por extranjero, como a Teofrasto la vieja de Atenas le conoció que no era ateniense en sus excesivos alardes de ateneísmo), ni tampoco deja ver con vulgaridad su extracción exótica, aunque el exacerbado

Charles Maurras no podrá menos de dar contra él en su incansable «caza al meteco». Su lengua es más bien neutra, coloquial sin exceso. Y en cuanto al asunto, aquí y allá se trasluce el catalogador curioso del «Infierno» de la Nacional de París, el colaborador travieso de «Le Coffret du Bibliophile», y otras colecciones que son a Francia lo que—guardando proporciones—es a España la «Biblioteca de López Barbadillo y de sus amigos».

Una rápida enunciación de los principales temas que cruzan la urdimbre de la obra dará idea de la amenidad de este libro:

Los Carnavales de París en 1914; el Carnaval en la obra de Gavarni; el cancán en las «Memorias de la señorita Fifine; ex planchadora»; Casanova y la furlana; Bullier y los trajes fantásticos de M. y Mme. Delaunay (huéspedes de Madrid durante la guerra, que, por cierto, aquí se visten con el traje de todo el mundo, como deseosos de no ser notados); las tertulias de Montmartre y las de Montparnasse que les han sucedido; la industria de la muñeca-retrato, surgida durante la guerra

en Montparnasse; una charla de pintores, donde desfilan los nombres de Picasso y Juan Gris entre otros (falta el de Diego Rivera), pues ya se habrá notado que Apollinaire gusta de incrustar figuras reales entre sus figuras imaginarias, como el cubista pega en sus telas, para dar la impresión de un muro, un trozo de papel tapiz (y seguramente sus figuras imaginarias parten de biografías reales); un retrato de mujer, Maud, que hablaba una lengua híbrida de inglés, francés y alemán, con dejos dialectales y profundos arrastres de argot, a quien un filólogo hubiera amado, y un gramático hubiera odiado a pesar de su singular belleza; noticias sobre los mormones de América por los años de 50, en un cuadro brillante, caricaturesco, lleno de vívidas impresiones visuales, por el que sopla el «unanimismo» de Jules Romains, y que recuerda por cierto su reciente cuento cinematográfico «Donogoo-Tonka», en aquel gusto de la geografía aventurera y del exotismo cómico (en medio de este cuadro luce la admirable figura de Pamela, casi más seductura que la de Elvira); sucesos, supersticiones y coplas de la guerra; impresio-

nes de soldados que regresan del frente y ven las cosas de la retaguardia como entre los velos del sueño; profecías antiguas y nuevas sobre la guerra y sus resultados; recuerdos personales de la trinchera; anécdotas abejas (con epigrama) o anécdotas libélulas (flotantes, líricas, sin punta) en que siempre fué doctor Apollinaire; una visión apocalíptica, pero en forma tosca y breve, de los Nueve de la Fama, sobre los campos combatidos de Francia; una constante referencia, acre y cruda, a cosas de mujeres, aun a la hora de morir en las trincheras. Y, perdido entre los otros, el cuento que, para acabar destaco, de un artista que visitó un día su pueblo en ruinas, después de la batalla. Contemplado desde una colina, el pueblo era un gran desastre que hacía llorar. El artista se puso a dibujar lo que fué su casa, la puerta de su casa, los alrededores, el barrio, lleno ahora de demoliciones, de barracas, de vías de comunicación improvisadas, que ahora habían cobrado la importancia pasajera de una nueva vida. Y ¡oh estupor! cuando contempló su dibujo, ya acabado, se dió cuenta de que había trazado un cuadro risueño, lleno de

promesas, profético, revelador de la esperanza que brota de las ruinas.

«He visto este dibujo maravilloso—escribe Apollinaire—y quisiera que todos tuvieran en Francia la clara visión del porvenir que tuvo este artista, ante las ruinas de su pueblo natal; quisiera que en todas las almas se produjera el milagro de la doble vista».—Así escribe Apollinaire, héroe de la tierra de Francia.

LA PARODIA TRÁGICA



LA PARODIA TRÁGICA (1)

Tiene don Ramón del Valle-Inclán, a disposición de la crítica, un caudal de fuertes ideas. Antes de escribir sobre sus libros, conviene someterlo a un interrogatorio, como se hace con un acusado antes de sentenciarlo. Los sistemas penales clásicos quieren que nunca se juzgue sin oír, porque dan por supuesto que todo hombre es responsable de todas sus acciones, que todo hombre es plenamente consciente. No sé por qué

(1) *Divinas palabras*, tragicomedia por Don Ramón del Valle-Inclán; Madrid, 1920; 8.°, 286 páginas. *(Opera Omnia*, xvii.)

los procedimientos clásicos de la crítica literaria prescinden de esta regla justísima. La entrevista—la *interview*—debiera preceder al juicio. Nuestro Amado Nervo, extremando graciosamente el sistema, lo aplica alguna vez a los poetas muertos, y—mediante conjuros, de que sólo él conocía el secreto—logra una audiencia de Sor Juana Inés de la Cruz: por ventura la página que con más agrado se lee en su libro sobre la poetisa mejicana. Tratándose de poetas vivos, la regla sólo fallará en los mismos casos en que falla para el derecho penal: cuando tropezamos con un inconsciente, con un irresponsable. En los demás casos, la mayor o menor eficacia de la entrevista depende del interrogatorio. Yo creo que, a veces, *El Caballero Audaz* ha reunido materiales útiles al investigador.) Valle-Inclán—plenamente responsable—debe ser oído antes de juzgado.

Autor plenamente responsable.—Recordamos las palabras de Baudelaire a propósito de Edgar Allan Poe: «Se asegura que la Poética es cosa que se construye y modela según los poemas; pero este autor pretende, al revés, que sus poemas han sido hechos de acuerdo con

su Poética. He aquí su axioma favorito: en un poema como en una novela, en un soneto o en un cuento, todo debe concurrir al desenlace; y un buen autor debe siempre escribir la primer línea en vista de la última línea». En los días de Baudelaire, esta pretensión resultaba algo cínica, porque contrariaba las teorías del delirio sagrado. ¿Cómo? El poeta, cosa leve y alada, ¿ha de proceder como el geómetra? Hoy somos capaces, ya sin escándalo de nadie, de prohibir la entrada de los jardines poéticos a los que no sepan geometría. Valle-Inclán pretende que sus libros comienzan por un plan general, por una idea platónica, por un arquetipo. Por ahí comienzan—y acaban. Lo que a él le importa en sus creaciones es el conjunto y el ritmo general. Que mataron al novio, que la chica se metió monja, son cosas accesorias; lo principal es la norma. No escribe en vista de los episodios, sino que los deja fluir, por ley de necesidad, desde lo alto de una concepción de conjunto.

—Yo—nos dice un día con inspiración—no soy escritor. Yo soy militar. Es decir, que, por una parte, con-

templo las cosas panorámicamente, «a ojo de águila», como contempla el guerrero su campo de combate; y por otra, acometo siempre las obras por rapto de audacia, a lo militar. Lo primero explica los asuntos; lo segundo, los procedimientos.

Los procedimientos audaces.—La evolución de los géneros en la obra de Valle-Inclán vendría a ser la evolución de los riesgos que ha corrido: 1.° Las *Sonatas:* obra de estilista, de prosa musical, en tiempos en que la prosa renqueaba y andaba a trompicones por esos libros mazorrales de hace años; 2.° La novela dialogada, donde el estilista vuelve contra sí propio sus armas, rompe voluntariamente la unidad y la fluidez del estilo y adopta un ritmo encabritado y cortado; 3.° La tragedia en verso, cosa mandada retirar o desacreditada por intentos erróneos, de la que sale con honor; 4.° La divagación teológica, que había desaparecido de nuestras letras (y no me salga algún predicador recordándome que él no ha dejado de echar sermones); y 5.° La farsa trágica, género ambiguo y peligroso de que he de hablar más adelante.

La visión panorámica.—No sólo hay que concebir los asuntos panorámicamente; también las figuras, los personajes. Para que un héroe aparezca panorámicamente a los ojos del poeta es necesario que «tenga un pasado», como las mujeres casquivanas; es necesario que tenga historia. Sólo las figuras cargadas de pasado están ricas de porvenir. Valle-Inclán preferirá siempre, a las figuras «improvisadas», a las «arrivistas», aquellas en que la experiencia literaria se ha ejercitado ya reiteradamente, bien a través del poeta culto, o bien en la mente vaga del pueblo, de modo que están ya como modeladas al alma humana, encauzadas en la corriente de nuestro espíritu, y huelen a refrán o a sentencia de oro: Don Juan, Don Quijote, Don Rodrigo, un rey, el demonio, la muerte, una moza de cántaro, un ciego limosnero, un perro sabio. Pero hay más aún: cualquier figura modesta, en cuanto él la alude o describe, cobra, por virtud de su estética panorámica, un poder de reminiscencia; sea un hombre que aparece de pronto en una carretera, sea un chico que asoma la cabeza sobre una tapia, sea una vieja que sale a la puerta a colgar

la jaula del canario. Una noción de lo «previvido»—tímida al principio y paulatinamente invasora—se apodera de nuestra mente: eso lo hemos visto en cien cuadros; lo hemos aprendido en cien poemas, y por eso mismo tiene ganado un sitio de honor en la galería de nuestras emociones profundas; tiene ya abierto, por los subterráneos de nuestra conciencia, un sendero propio, resonante de recuerdos y asociaciones. ¿Es que Valle-Inclán se conforma con aludir al pasado, o con remedar el pasado, como ese exangüe novelista que no tiene nada de león? No, por cierto. Valle-Inclán evoca el pasado artístico de cada una de sus figuras, porque las sitúa en la corriente de pensamiento que las ha producido. De allí parte, y les crea un nuevo porvenir. Sea un ejemplo, como él mismo nos lo ha explicado:

Don Juan del paisaje.—De lo más íntimo de la sensibilidad española brota la figura de Don Juan. El arte, en sucesivos tratamientos, ha dado al héroe galante cierto tinte de ciudadanía general en los reinos del alma humana. Don Juan es una figura panorámica. Se le puede ver desde arriba: tiene un pasado, está hen-

chido de porvenir. Hasta hoy, Don Juan es un hombre que reacciona ante dos motivos de acción: el amor y la muerte, tan fuerte el uno como el otro. Y el poeta adopta a Don Juan, y le ocurre ahora que reaccione, que dé de sí, ante un motivo de contemplación: ante la naturaleza, ante el paisaje y—lo que es la respiración periódica del paisaje—ante las estaciones del año. Y de aquí nacen las *Sonatas*. El marqués de Bradomín incorpora así uno de los temas de mayor arraigo nacional (universal), le comunica un nuevo matiz, y lo hace prosperar a través de una preocupación tan antigua como el mundo: la lírica de la primavera, el verano, el otoño y el invierno, y la ética de las edades del hombre.

La parodia tragicómica.—Y un dia, a Valle-Inclán se le ocurre aplicar su estética con equívoco; desviarla ligeramente de las líneas de la nobleza a las líneas de la caricatura; hacer, ya no un injerto vital dentro de las tradiciones de un tema o de un personaje, sino una mímica de la vida desde las apariencias de un muñeco ridículo. Tal es, en rigor, el género cómico que cuadra con su género heroico. Pongamos que el marqués de

Bradomín, en vez de responder como hombre apasionado a las solicitaciones de la vida, respondiera como un farsante. Pongamos que el gallardo marqués, ante cada lance de su historia, abriera los libros y se dijera: «Veamos lo que hizo en caso semejante Don Juan; veamos lo que hizo el caballero de Casanova, para imitarlos aquí mecánicamente.» Pongamos que el nuevo Don Juan, en vez de dejarse conducir por la mente que lo gobierna desde arriba, pretendiera, por su propia cuenta, gobernarse de un modo inmediato conforme a la aplicación brutal y violenta de los antecedentes literarios en que ha sido engendrado. Tendríamos entonces un fantoche de arte, un pelele goyesco, lleno de buena literatura; un farsante ilustre, como Don Quijote cuando se conforma—sin dejar hablar a su corazón de hombre bueno—con abrir los libros de caballería, para averiguar lo que debe hacer en tal o cual trance o lugar retórico de su vida. La obra pasa entonces a ser una parodia, un «canto paralelo», un canto acompasado a otro canto, pero un canto chusco donde el otro era un canto heroico; como cuando en la comedia española

clásica el criado gracioso galantea a la criada con chistes zafios, mientras en otro rincón del escenario el caballero requiebra a su ingrata entre gorgoritos de ruiseñor.

Pero siento que la palabra *parodia* se presta a malas inteligencias, y más cuando junto a ella se deja caer el nombre de Don Quijote. En su libro sobre *El «Quijote» durante tres siglos,* aclara don Francisco A. de Icaza: «En el *Quijote* no hay, en rigor, parodia; no es el héroe puesto en ridículo; no es el propio Rolando o Amadís de Gaula pasando aventuras ridículas con princesas ridículas también. No es el Orlando de la farsa de las estrofas incompletas del Orlandino. La creación original consiste en poner de bulto lo ficticio del género literario, imaginando lo que sería un hombre de carne y hueso metido en tales andanzas.» En efecto, la diferencia salta a la vista si se compara la obra de Cervantes con la obra del Pulcio o del Folengo. Para evitar confusiones, dejo en su sitio la justa interpretación del *Quijote*, y continúo. Parodia se ha llamado siempre a la ridiculización directa de una obra o de una figura; es

verdad. Respecto a Don Juan — para seguir el símil,— parodia es aquel *Tenorio modernista*, de perecedera— aunque no ingrata—memoria. Pero yo llamo aquí parodia — provisionalmente—a algo distinto. Por ejemplo, a una obra en que apareciera un sujeto empeñado en seguir por puntos los pasos de Don Juan, y que matara a un rival en plena plaza de la Cibeles, y luego, en lugar de huir, se dedicara a ponderar su hazaña en unas décimas retorcidas. El caso tendría mucho de cómico, pero también mucho de trágico. A esto llamo aquí parodia. Habría aquí un choque manifiesto (un equívoco, un error de ajuste) entre el farsante que se sitúa artificialmente ante la vida, y la vida que envuelve al farsante, llena—como siempre—de seriedad y dolor. Alguna página aislada del *Quijote* bien puede servirnos de ejemplo. No hay miedo en usarla para este fin; la interpretación de un trance aislado no emponzoña la interpretación total de la obra. Hay un pasaje—cuando Don Quijote liberta a los galeotes —en que advertimos claramente un error de ajuste entre el héroe de libro de caballería y el ambiente de novela picaresca: dos géneros

tradicionales chocan, y el más pernicioso corroe al más inocente de los dos. Don Quijote responde aquí a la vida, no como un hombre sensato, sino como un farsante (como un loco, lector impaciente: ya lo sabemos; pero aunque la causa sea locura, el efecto es farsa). El acto de Don Quijote es cómico..., pero tristes las consecuencias; y los desagradecidos ladrones acaban por apedrear al noble caballero. Esta escena de *Don Quijote* sirve bien para definir la farsa tragicómica de Valle-Inclán.

El «esperpento» y la parodia.—Hay veces—dice nuestro autor—en que la seriedad de la vida, en que la fatalidad, es superior al sujeto que la padece. Cuando el sujeto es un fantoche ridículo, el choque manifiesto entre su inferioridad y la nobleza del dolor que pesa sobre él produce un género literario grotesco, al que Valle-Inclán ha bautizado con un nombre harto expresivo: el *esperpento.*

Su última tragicomedia—*Divinas palabras*—está gobernada, hasta cierto punto, por la estética del «esperpento». Por eso es tragicomedia. Y el «esperpento» re-

sulta del choque entre la realidad del dolor y la actitud de parodia de los personajes que lo padecen. El dolor es una gran verdad, pero los héroes son unos farsantes.

Sin embargo, es menester entenderlo con delicadeza. Los farsantes de Valle-Inclán lo son sólo por un vago aroma de farsa. Todos, ante los sucesos que les afectan, no obran de un modo natural; pero tampoco de un modo groseramente artificial. El chalán, el ladrón de feria que roba con el perro sabio y con el canario que dice la suerte, la mujer que se muere de hambre, la que llora su muerte, la adúltura y el sacristán, todos obran de acuerdo con las tradiciones literarias del «tema» (tema culto o tema popular) que representan. He dicho antes que, a veces, sus temas huelen a refrán, y puede verse una exageración de este arte en *La visita de los chistes*, de Quevedo, donde Pero Grullo alterna con Agrajes y Mari-Zápalos. Pero las figuras de Valle-Inclán no son abstracciones, y, además, recuerdan los lugares retóricos del tema a que corresponden con tal levedad y finura, que sólo se percatan de la reminiscencia los que

llegan al libro de Valle-Inclán con veinte siglos de literatura en el alma, como «Fradique Mendes». Así, cuando Mari Gaila sabe que su cuñada ha muerto, no llora sencillamente, no exclama, sino que «hace un planto», con todo el ritual de la plañidera; y las mujeres del pueblo (hay que decir «las mujeres del coro») observan: «¡No hay otra para un planto!». Igualmente, cuando el sacristán ve venir a su mujer, desnuda y acosada por el pueblo que la acaba de sorprender en delito, ¿qué hace? ¿La mata? ¿Se mata? ¿Enloquece? No; como buen sermoneador que le toca ser, recuerda sus latines, va y busca un misal: «¡Quien sea libre de culpa, tire la primera piedra!», dice. Pero como vuelan las piedras junto a sus orejas, lo repite en latín. Al oír las palabras latinas, el pueblo, que no entiende latín, obra también conforme a la farsa ritual: enmudece y se aquieta, sobrecogido de un vago espanto; y entonces, «conducida de la mano del marido, la mujer adúltura (armoniosa y desnuda, pisando descalza sobre las piedras sepulcrales) se acoge al asilo de la iglesia, circundada del áureo y religioso prestigio que, en aquel mun-

do milagrero, de almas rudas, intuye el latín ignoto de las DIVINAS PALABRAS.»

Esta precipitación de farsas y parodias acaba, así, con una emoción sagrada y misteriosa. Todos aquellos seres grotescos, que parecían estarse burlando de sí mismos, vivían, pues, entre las manos de un Dios terrible, ¡y no lo habíamos sospechado!

La obra—preciosa y cruel—gira en torno al carretón de un idiota hidrocéfalo, que sirve de pretexto a su madre para provocar la caridad pública y que, a la muerte de la madre, la hermana y la cuñada se disputan, porque es una verdadera renta. En las carreteras, a la puerta de las iglesias, las almas caritativas dejan sus limosnas en cuanto ven al abominable baldado. Un día, mientras Mari-Gaila, la sacristana adúltera, se distrae con un mal hombre, le matan al monstruo a fuerza de divertirse en darle vino. Véase, representada en la vida y muerte de la horrible criatura, toda la fuerza tragicómica de la obra. ¡Hasta los cerdos—como verdaderos engendros infernales—vienen a deshacerle la cara al monstruo muerto!... Y allá, por las nubes, por la obs-

curidad de la noche, en los caminos, sobre los peñascos, la risa pánica de un trasgo cabrío que acosa a la pecadora Mari-Gaila: ¡a la pecadora tan hermosa a pesar suyo, a pesar de todos y de todo!

(«*Séptimo-Miau*: ¿Sabes quien soy?»

«*Mari-Gaila*: ¡Eres mi negro!»)

EL CINE LITERARIO

EL CINE LITERARIO [1]

CON *La fin del mundo*, que Blaise Cendrars publicó, hace tiempo, en el *Mercure de France*, el cuento de Jules Romains, *Donogoo-Tonka* viene a ser la más seria contribución de la literatura francesa a la cinematografía. Cendrars es más rápido que Romains, y aprovecha con sentido humorístico la idea de volver de pronto el *film* del revés, de suerte que todo acaba por el principio, en una especie de capicúa cosmogónico.

(1) JULES ROMAINS, *Donogoo-Tonka, ou les miracles de la science*. París. «La Nouvelle Revue Française», 1920, 8.°, 170 páginas.

Jules Romains es más tardo, se divierte más en el camino, y se complace más en las alucinaciones de la forma y del movimiento. «Vale más—dice en un breve prefacio que pudo llamarse *Instrucciones al operador*—, vale más, en caso de duda, pecar por exceso de lentitud y por un cuidado meticuloso para desentrañar todas las intenciones y todos los matices.» No se crea, por eso, que la concepción que Jules Romains tiene del cinematógrafo peca de *italianismo:* lo que hay es que tampoco peca de *yanquismo.*

Vamos por partes.

El *cine* italiano—tan cursi y tan sentimental—es lento, porque posee «virtud dormitiva», no por preñez de intenciones y de matices; es lento, además, porque padece «delectación morosa» ante la curva del brazo de la Bertini (pongo por caso), y prefiere que ese brazo se mueva con una lentitud diez o veinte veces menor que la ordinaria, para deleitarse con él más tiempo. «Fósforo», nuestro llorado amigo «Fósforo», la primera autoridad en estética del «cine» que ha habido en España, una noche que veíamos juntos un *film* italiano de lo

más representativo, nos sometió a esta experiencia: Cierre usted los ojos—nos dijo—y cuente hasta ciento. Ábralos usted después, y dígame el resultado.

Y, en efecto, al abrirlos, pudimos continuar la «lectura» del *film*, sin advertir para nada la interrupción. El *cine* italiano está lleno de compases muertos. Esto, aparte del mal gusto fundamental, que hacía repetir a «Fósforo» la palabra de Marinetti: «¡Matemos el claro de luna!», y que a nosotros nos recordaba cierta frase de Élie Faure ante las manifestaciones del arte dulzón: *On en a soupé de l'artistique...!*

Frente a esta concepción del *cine*, la concepción yanqui representa el gusto por la aventura folletinesca, por el exceso de movimientos y de episodios; y se encuentra, así, más cerca de los orígenes, más cerca de la etimología del *cine*. Tiene el género sus inconvenientes y sus ventajas. A veces, produce maravillas (¡esa inolvidable *Moneda Rota*, pieza clásica de la cinematografía bufa); pero muchas veces produce obras anodinas y pueriles; por eso le perdonamos a «Xenius» que abandone el salón en cuanto se anuncia un *film* americano.

No, «Xenius»; usted no ha visto *La Moneda Rota;* usted no ha visto *El Cofrecito Negro*, de felice memoria. De lo contrario, le pasaría a usted lo que a nosotros: que en cuanto se anuncia un *film* americano, mandamos apartar una butaca, por teléfono, para no perder sitio, con la esperanza de que el milagro se renueve.

Pero, ¡ay!, el milagro no se renueva. El *cine* de la aventura folletinesca sigue viviendo monótonamente de los mismos recursos. ¡Ya estamos hastiados de ver que la partida de los «malos» ate al héroe en una caverna que hay junto al mar, poniéndole entre los pies una bomba de dinamita, la cual estallará cuando el reloj dé las doce en punto! Ya todo lo prevemos; ya todo lo sabemos. Sólo la imaginación de Edgar Allan Poe o de Robert Luis Stenvenson podría salvar el género de aventuras y episodios. Sin embargo, el género vivirá eternamente, y acabará por formar—lo forma ya—el bajo fondo, el cimiento de la cinematografía barata: la pobre gente siempre está dispuesta á dejarse embaucar.

Durante la guerra, no hemos tenido—prácticamen-

te—más cinematografía que la italiana, por una parte, y la norteamericana, por la otra. Hacía falta una renovación. El cuento de Jules Romains propone los métodos para enriquecer de nuevo el *cine*. Hay en él aventura, pero no es ya la aventura espeluznante de asesinos y ladrones, sino la aventura mercantil y la aventura geográfica. Es decir, no ya la aventura de la exclamación, sino la aventura de la explicación y la narración. El gusto por las hazañas musculares cede el puesto al gusto por las hazañas de la mente audaz. Bien se ve que hemos pasado de los Estados Unidos a Francia. Esto, en cuanto al tema; y, en cuanto al procedimiento, saturación de intenciones, preñez de matices. Lentitud, sí; mucha lentitud, como en el *cine* italiano; pero mucha vitalización, mucha carga de emociones, como en el yanqui. La lentitud ha dejado de ser monótona, y es aquí obsesionante, magnética (merced al poder de acercamiento del objeto, y al poder de análisis del movimiento que hay en el *cine*). Y como una preparación inteligente del asunto y los caracteres han creado un ambiente pletórico de motivos, cada pequeño rasgo,

cada bostezo, guiño o sonriza, cada pestañeo leve, provocan un efecto de expresión desmedido. Y, por desmedido, cómico. El *cine* de Jules Romains tiene que ser cómico por esencia.

Se trata de un pobre diablo que está a punto de suicidarse.

—No hagas tal—le dice un amigo—. Ve de mi parte a ver a Fulano, médico de suicidas.

El médico de suicidas le ordena: «Vaya usted mañana por la mañana a tal parte. Trepe usted en el primer coche ocupado que vea pasar, pida mil excusas al ocupante, y ofrézcale servirle en todo lo que quiera como un esclavo.»

Así se hace. La víctima de este singular atraco resulta ser un sabio geógrafo, que no puede entrar en el Instituto — su mayor ambición —, por cierto errorcillo que se le deslizó en el tomo tantos de su obra magna de Geografía universal. El caso es que nuestro geógrafo — muy francés — ignoraba la Geografía de América, y sacó, quien sabe de dónde, un pueblo que no existe — *Donogoo-Tonka* —, situado, se

gún él, entre los desiertos de la América meridional.

El ex suicida, estimulado ya de nuevo a la vida por la extraña aventura en que se encuentra metido, reflexiona: «La elección del Instituto es de aquí a seis meses. En seis meses bien puede crearse un pueblo que no existe.»

Manos a la obra: conferencias con banqueros trampistas. Grandes apretones de manos. Guiños de inteligencia. Cartas circulares. Papel sellado. Anuncios. Agentes. Propaganda extranjera. Discursos y Conferencias. Obreros embaucados. Barcos que se dan a la mar llevando aventureros de todo el mundo para trabajar en la supuesta colonia—que aún no existe—y, en verdad, destinados a fundarla desde sus cimientos. Dudas, agitaciones. Valores de la Bolsa. Viajeros de todo el mundo. Un vagón cargado de hombres que fuman grandes cigarros y que atraviesa las llanuras de Méjico. Desembarque de la partida de ingleses. Desembarque de otras partidas... Al fin, los ingleses, cansados de buscar por el desierto, plantan una estaca con un letrero, que dice: *Donogoo-Tonka.* Es el mejor medio para no

tener que seguir buscando la colonia-fantasma. Llegada de colonos. Lenta transformacióu del pueblo. Descubrimiento del oro en el río próximo. Súbita alza de drecios. Gran transformación del pueblo. Riqueza. Industria. Triunfo del sabio geógrafo. Banquete, y Apoteosis final.

En suma: la historia de un error trocado en verdad —filosofía pragmática pura—, mediante la obra misteriosa y humilde de un pobre diablo, un médico charlatán, un geógrafo pedante y un banquero ladrón.

Así, pues, teníamos, en Italia, un arte de clisés fotográficos, de estudios fotográficos en movimiento, *a* base de historia sentimental; teníamos en los Estados Unidos, un arte esquemático de la fuerza motriz, *a* base de historias pueriles, guiñolescas, de policías y ladrones. *Donogoo-Tonka* es ya producto de un arte malicioso y metódico, de concentración de recursos y expresiones, *a* base de humorismo literario de buena ley.

Como toques de procedimiento personal, señalamos en el cuento cinematográfico de Jules Romains: 1.º, el «unanimismo», la simultaneidad de representaciones

(el cuadro de proyección aparece dividido en cuatro, y cada cuarto figura una escena distinta y una acción paralela a las otras tres), procedimiento que en la literatura se realiza con menos felicidad que en el *cine*, y 2.°, el subjetivismo, la deformación plástica de los objetos bajo la fuerza de un estado de ánimo, de que es ejemplo la escena en que aparece la antesala del médico charlatán: «El absurdo sudado por los cerebros de los enfermos se hace palpable. Los cuerpos emanan un vaporcillo sutil que, poco a poco, carga el aire. En mitad de la sala, una mujer, que está sentada en un taburete, y que está vestida como las jugadoras de antaño en Monte Carlo, hace oficio de fumarola. Los objetos mismos se deforman; tuércense los pies de un velador y el tablero se comba. Los muros retroceden: parece que van a girar...», etc.

Un reparo final: el letrero es enemigo del *cine*, y Jules Romains no ha sido capaz de emanciparse completa—ni relativamente siquiera—de los letreros. A veces diserta largamente. Eso no está bien, Jules Romains. Hay que esforzarse por reducir a especie mími-

ca todo lo que no es de esencia literal. Por ejemplo: no hay medio de que un hombre, gesticulando y manoteando, nos haga entender cómo se llama. Aquí del letrero. (Pero sólo *aquí*, en lo posible.) Por lo demás, los letreros están en buena prosa francesa, y no creo que, llevados a la proyección, el público los lea sin agrado. Pero el autor de *Donogoo Tonka*, cuya obra literaria padece, a veces por la afición al *tour-de-force* (véase: *Les Puissances de Paris*, tema para un artículo, no para un libro), tiene la obligación de apurar más en la técnica de todos los géneros que toca. Jules Romains pertenece a ese tipo humano del que tenemos derecho a exigir mucho. De él—como de Mrs. Campbell dice Bernard Shaw—podemos asegurar que todo lo sabe, que para todo se da maña y que, sin haberlo practicado nunca, es capaz, en cuanto se lo propone, de enhebrar con los dedos de los pies una aguja.

UNA NOVELISTA DE NUEVE AÑOS

UNA NOVELISTA DE NUEVE AÑOS

CUANDO Daisy Ashford tenía nueve años escribió una novela. Hoy Daisy Ashford es ya una mujer; hasta entiendo que se ha casado recientemente. Un día—el año pasado—registrando rincones, dió con la famosa novela.

Y la novela se ha publicado, conservando la pintoresca ortografía infantil. El volumen recuerda, por el aspecto, el cuadernillo de a dos peniques en que la obra fué compuesta originariamente. Hay un lindo retrato de la autora, a la edad de nueve años, una fotografía de la primera página del manuscrito, y un pró-

logo humorístico de Sir James M. Barrie, el dramaturgo. La obra fué escrita con lápiz y, a juzgar por las desigualdades de tinte que en la fotografía se aprecian, la autora tenía la incalificable costumbre de mojar el lápiz en la boca de tiempo en tiempo.

«La actual poseedora del manuscrito—dice Barrie—garantiza que *Los Jóvenes Visitantes* (en inglés, y en la ortografía de la niña, *The Young Visiters)* es un esfuerzo novelístico, llevado a cabo, sin auxilio de nadie, por una escritora de nueve años». Y a continuación se corrige: «Esto de «esfuerzo», sin embargo, resulta una palabra impropia en el caso, como todo el mundo puede ver, con sólo observar el triunfal semblante de la niña, según aparece en el frontispicio de esta obra sublime. No es éste el retrato de un escritor que consume el aceite hasta el filo de la media noche (y, de hecho, hay pruebas documentales de que, a nuestra autora, la metían en cama todos los días a eso de las seis). Al contrario: esta fisonomía revela un fácil poder, una complacencia tan evidente, que el lector severo no dudaría en calificarla de presuntuosa... No, la autora que

tal cara tiene no ha necesitado esforzarse para labrar una obra maestra. Y por ventura el retrato nos da la cara que se admiraba en la autora al acabar algún capítulo de su libro. Porque yo me figuro que, a la hora de trabajar, la expresión sería más solemne». El retrato, en efecto, nos muestra una preciosa criatura, carirredonda y chatilla, risueña, llena de amable vulgaridad; partido el cabello rubio—de un rubio clarísimo—por en medio, y abombado en caireles hacia las orejas y la nuca; una niña con una blusita marinera de cuello vuelto; el lazo de la corbata, como quiera; y las manos cogidas sobre el regazo, en un reposo de suficiencia juiciosa.

La opinión se muestra recelosa. Y como «daisy» se llama en inglés la margarita, alguien ha dicho que el público de lengua inglesa—acudiendo al oráculo de los enamorados—está deshojando la margarita, la «daisy» (Daisy lo escribió: Daisy no lo escribió) para averiguar la verdad.

Que Daisy lo haya escrito a los nueve años no es enteramente imposible. El asunto no es precisamente

sublime. El desarrollo—eso sí—perfecto. Pero ¿por qué no hemos de conceder alguna vez la perfección inmediata, inconsciente? (¡Y que esto no sirva de aliento a tantos jóvenes perezosos!) Daisy Ashford, a partir de su éxito, se ha dedicado a dar conferencias, como para demostrar que es digna de haber escrito una novela en su infancia. Carezco de datos, pero no creo que haya logrado demostrar que tiene hoy más genio que a los nueve años.

En fin, embarcados en sospechas, cabe suponerlo todo: si Daisy lo escribió; si será una humorada de Barrie — el cual, en su teatro, suele ser tan bromista —; si Daisy lo escribió a los nueve y lo arregló a los treinta (el *Nuevo Páris*, de Goethe, concebido en la dichosa infancia, fué escrito en la gloriosa vejez). Por último, bien pudo escribir la novela Daisy, sea a los nueve o a los treinta, y Barrie, después, perfeccionarla.

El asunto de la novela: Mr. Salteena, hombre amable y algo entrado en años, está empeñado en ser caballero y figurar en la corte. Con ayuda de su amigo

Mr. Clark se relaciona con el Conde de Clincham (1), y éste acaba por colocarlo en el Real servicio. Entretanto, Ethel Montague («Monticue», en la ortografía de la niña), una jovencita por quien Mr. Salteena tenía singular inclinación, se casa con Mr. Clark, el de las esbeltas piernas. Mr. Salteena, aunque al fin halla otra esposa, de la que tiene muchos hijos, nunca se consuela: de tarde en tarde recordaba a Ethel, y el pobre se ponía entonces muy aburrido.

Hay en el libro una deliciosa mezcla de malicia e ignorancia (quizá afectada), que es acaso la mayor razón para desconfiar... Véase, por ejemplo, la primera frase: «Mr. Salteena era un hombre maduro, de unos cuarenta y dos años, y le gustaba mucho convidar a la gente a que viviera en su casa. Actualmente tenía consigo a una muchachita de diez y siete años llamada Ethel Monticue».

Junto a esto, hay pasajes de una llaneza en que no quisiéramos sorprender astucias de «arte negativo».

---

(1) «Clinch them»: «agárralos».

Cuando Mr. Salteena y Miss Montague deciden aceptar la invitación de Mr. Clark, Mr. Salteena—dice la autora—se abstuvo de tomar por la mañana su huevo acostumbrado, por si acaso se ponía malo en el viaje; y Miss Montague exclamó: «Y yo voy a ponerme mi colorete: estoy muy pálida, debido al mal servicio de desagües que tiene esta casa.»

Barrie observa que en esta novela se da por primera vez toda su importancia, su puesto de honor en la galería de los sucesos humanos, al hecho de tomar el desayuno en la cama. En casa de Mr. Clark, en efecto, Mr. Salteena ve con agradable sorpresa que el criado trae hasta su lecho la taza de té. No bien se ausenta el criado, Mr. Salteena, muy contento, salta del lecho, llama a la puerta de Miss Montague y le dice: «Oye, Ethel ¿Sabes? ¡He tomado el té en la cama!» «¡Yo también!», le contesta ella entusiasmada.

El traje de corte que Mr. Salteena se improvisa, remangándose los pantalones, es otro toque de gusto verdaderamente infantil: recuerda los juegos de los niños.

La presentación del Príncipe de Gales en un sarao de la corte, presidido por él durante una indisposición de la Reina Victoria, parece que es la más humana y exacta que se ha hecho. El entonces príncipe Eduardo lleva una coronita «costosa aunque pequeña», y, en cuanto puede, escapa del salón, acompañado de algunos amigos, para dedicarse a los «refrescos».

Pero precisamente la crítica suspicaz advierte que éste es uno de los pasajes que más recuerdan la manera entre candorosa y paradójica de Barrie. Véase una muestra de su estilo: Barrie escribió una vez una «tragedia»: una madre que mata a un hombre en defensa de su hija. ¡Tremendo asunto! Figuraos: la pobre niña tenía catarro, y viajaba, acompañada de su madre, en un coche del ferrocarril. Un mal hombre se empeña en abrir una ventanilla. La madre le exige que la cierre. El mal hombre se niega. Entonces, la madre, ¿qué hace? ¡Arroja por la ventanilla al mal hombre! Más tarde, ante sus jueces, la madre contesta a todas las preguntas: «Pero ¿no ven ustedes, señores, que ese hombre no quería cerrar la ventanilla?» La razón es obvia: había que echarlo

de cabeza. La madre es absuelta; el público llora de emoción. El Barrie de estas humoradas no está lejos de Daisy Ashford: por eso, tal vez, se han encontrado. Mayor semejanza hay todavía entre la corte de *The Young Visiters* y la corte soñada por una muchacha del pueblo en una obra de Barrie: *Un beso para la Cenicienta.*

Continuemos. En el capítulo quinto, Mr. Salteena se encuentra con un caballero elegantísimo, que pasea por un vestíbulo del Crystal Palace. «¿Es usted por casualidad el Conde de Clincham, a quien busco?»—pregunta.—«No precisamente; soy el camarero del Hotel. Soy medio italiano. Me llamo Eduardo Procurio.» Ahora bien, este apellido, «Procurio», tiene, para el lector inglés, un sentido picaresco que, en traducción española, habría que dar mediante un apellido forjado ad hoc, y de aire vagamente italiano, como «Correvediglio» o «Alcahuezzio». ¿Es posible que Miss Daisy Ashford haya escrito esto a los nueve años? Ahondemos más: Procurio es un hombre que parece proceder de la misma fábrica de los nombres italianos de

Shakespeare: Basanio, Salanio, Salerio, Benvolio, Mercucio, Brabancio, Borachio, Turio, Curio... (1). ¡Demasiada erudición, demasiada sutileza para tan poca edad!

Un examen atento hace descubrir, aquí y allá, alguna otra expresión que puede denunciar el rastro de una pluma avezada a las reminiscencias. Por ahí se habla, como si dijéramos, de alguien que «se aleja del mundanal ruido»: *far from the madding crowd*. Esta frase, como se sabe, sirve de título a una novela de Thomas Hardy, pero aparece por primera vez en la famosa elegía de Thomas Gray, poeta del siglo XVIII: *Far from the madding crowd's ignoble strife*. Sin embargo, la frase bien pudo recogerla una niña en el lenguaje familiar. No faltará, en España, niña que haya oído hablar de «alejarse del mundanal ruido», aunque ignore que hubo poetas en el mundo y que uno era Fray Luis de León.

La autora, al pensar en publicar su novela, temía que resultara demasiado «victoriana» para los tiempos «geórgicos» que corren. No hay tal.

(1) Otra sospecha: «Romeo»—el «Romeo» de Shakespeare—también se apellida «Montague».

La novela ha tenido un éxito franco; Daisy Ashford puede mirar a la cara a Blasco Ibáñez. El libro se publicó por primera vez en Londres, el 22 de mayo de 1919, y ha alcanzado ya diez y siete ediciones: unos ciento veinte mil ejemplares, que yo sepa. Actualmente, trasladada al teatro, la obra se está representando con éxito en el *Court Theatre* de Londres. Para ser cosa de los nueve años, no está mal.

1920

SOBRE LA NUEVA «FEDRA»

SOBRE LA NUEVA «FEDRA»

.. Tout est changé de face,
Depuis que sur ces bords les Dieux ont envoyé
La fille de Minos et de Pasiphaé.

El día 25 de marzo de 1918 fué presentada en el Ateneo la *Fedra*, de D. Miguel de Unamuno, adaptación moderna del *Hipólito*, de Eurípides, que ya había inspirado también a Séneca, a Racine, a D'Annunzio.

El *Hipólito* que conservamos, en que el Ama descubre a Hipólito el amor de Fedra contra la voluntad expresa de ésta, es una refundición que el mismo Eurípides hizo de su primitiva tragedia. Esta, en su primera

forma, contenía una escena en que Fedra confesaba su amor a Hipólito. El *Hipólito* alarmó a la sociedad ateniense de su tiempo (428 a. de J. C.), pero no hay que atribuir la alarma a lo escabroso de la tragedia desde el punto de vista contemporáneo, sino a razones muy distintas que no es del caso exponer y que hoy nos resultarían casi anodinas. Mejor es suponer que Eurípides quiso dar a Fedra un carácter menos brutal y más complejo, presentando en ella una verdadera lucha entre la pasión y la castidad. Descubierta Fedra a pesar suyo, en lo que más hubiera querido ocultar, se suicida, dejando escrita una falsa acusación contra Hipólito, que es como una forma de venganza para su pudor enfermo y lastimado. Esta delación, ya se sabe, es la vieja historia bíblica de José, que también se encuentra en algunas narraciones egipcias, donde los héroes son dos hermanos. En todo caso, los imitadores de Eurípides han preferido siempre seguir la primera forma de la tragedia, y obligar a Fedra a arrostrar toda la vergüenza y la furia de su confesión. Por lo demás, los críticos de todo tiempo han considerado esta tragedia de Eurípides como

uno de los asuntos más «modernos» del teatro griego, y aun se ha dicho que tal asunto es ya cristiano por el espíritu. Unamuno caminaba, pues, por terreno bien explorado.

La obra de Unamuno es, como quiera que se la juzgue, un buen ejemplo, y yo la admiro y aplaudo, y por eso me ocupo en oponerle algunos reparos. Lo que él ha intentado con este asunto, acaso se debiera intentar con otros asuntos antiguos. No hicieron otra cosa los creadores del teatro clásico francés. Pero España fué siempre rehacia al beso de Grecia. Los ensayos de los humanistas del siglo XVI para trasplantar a la Península la tragedia antigua, fracasaron; y a poco se impuso Lope de Vega, y el teatro español declinó por la línea del menor esfuerzo: la corriente popular.

Para entender los juicios de la prensa sobre la *Fedra*, de Unamuno, hay que tener presente que éste cometió un error previo: hizo leer, antes de la representación, unas explicaciones preliminares en las cuales declara que va a presentar al auditorio una tragedia desnuda, sin espectáculo de escenarios, trajes ni tocados, y hasta

sin episodios: los personajes no harán más que estar dedicados a su conflicto.

Estas explicaciones solo sirvieron para dar por donde morder a los críticos de la prensa que, abandonados a sus fuerzas, acaso no hubieran sabido formular con tanta precisión sus censuras contra la «tragedia desnuda».

Quién, jugando del vocablo, le dijo que su tragedia, más que desnuda, estaba en los huesos; quién declaró que le gustaba, más que la tragedia, el trozo de crítica que la había precedido. Aquél afirmó que, en el fondo, Unamuno está más cerca de Echegaray que de los clásicos griegos. Muchos salieron del paso glosando, y aun reproduciendo simplemente, las cuartillas previas. Por donde se verá que, en España, no tiene objeto imitar el procedimiento «prefatorio» de Bernard Shaw.

Entre los juicios de la prensa merecen consideración especial el de «Critilo» (Díez-Canedo), en el semanario *España*, y el de «Andrenio» (Gómez de Baquero), en *La Epoca*. El juicio del primero es francamente elogioso. «Critilo» encuentra en la *Fedra* todas las fuerzas

de la tragedia clásica. Había corrido cierta opinión según la cual, a pesar de la voluntad expresa del autor, «tampoco esta *Fedra* se halla exenta de perifollos ociosos, como la intervención de una doncellita y de un amigo del moderno Teseo». «Critilo» opina que estos personajes—y es la verdad—son necesarios al desarrollo del conflicto dramático y, a veces, hacen el papel del antiguo coro, como cuando la doncella advierte que, de tiempo a esta parte, su ama Fedra es otra, y grita: «¡En esta casa ya no se puede vivir!» «Por momentos —añade «Critilo»—nos parecía estar oyendo por primera vez el diálogo dramático de nuestros días.»

A «Andrenio» le parece que la tragedia de Eurípides es superior a todas sus imitaciones, y que el mismo público que aplaudió la de Unamuno hubiera gustado más de la de Eurípides. Que, al modernizar ésta, perdidas de hecho las grandes nociones de la Fatalidad antigua—pues sólo un sentido retórico se puede conceder a las continuas invocaciones a la Fatalidad que hacen los personajes de Unamuno—se corre el riesgo de rebajarla a un vulgar episodio de alcoba. Que, en

efecto, al modernizar la tragedia, Unamuno ha hecho de ella una triste historia patológica sin grandeza, puesto que la pasión de Fedra y su audacia para confesarla se deja entender que proceden de una herencia de lascivia morbosa. Que, ya que a modernizar se iba, mejor que el escenario burgués, donde todos estos ardores tienen que aparecer refrenados, hubiera convenido un ambiente rural, algo primitivo. Y que el verdadero arte de la situación debió haber estado en las medias palabras, en la contensión de las pasiones, como en *La Malquerida*, de Benavente. «Andrenio» advierte, por último, que el Marcelo está dibujado con poca fortuna, y que Pedro muchas veces roza el ridículo.

La idea de introducir a Marcelo no es mala en sí. Él representa un papel importante en la dinámica de la duda. Pero el autor lo ha trazado con torpeza, poniendo en su boca frases de rutina convencional. («Yo soy médico del cuerpo y no del alma» etcétera). Para colmo, siendo amigo íntimo de Pedro, abandona la casa en los instantes en que Fedra está a punto de morir:

«Voy a visitar a otros enfermos, porque me parece que ya aquí hago poca falta.»

Sobre la tesis de la tragedia desnuda, inútil discutir: es tan buena como la contraria. Conviene que en los teatros haya de todo; pero toda verdadera tragedia tiene que ser desnuda.

La modernización de Unamuno se vale de dos tesis medicinales: 1.ª A Hipólito, que nació raquítico, lo han hecho cazador por régimen de higiene. Ahora es todo un hombre, y su padre Pedro tiene esperanza de que le dé nietos, ya que él no puede tener hijos en Fedra. Y Pedro tiene buen cuidado de decírselo a Fedra. Ya se adivina el efecto de semejante juego. 2.ª Fedra padece herencias morbosas; el Ama nos lo deja entender. Si Unamuno hubiera querido mostrarnos a Fedra en los demás actos de su vida, escenificándola un poco, pudiera haberse ahorrado la teoría de la herencia; nos hubiera bastado saber que «Fedra era así».

Pero esta interpretación de Fedra no es nueva. Gilbert Murray, el gran popularizador de Eurípides, tradujo el *Hipólito*, y lo presentó en el Lyric, de Londres, en Ju-

nio de 1904. Y Walkley, el crítico del *Times*, explicaba: «La pasión de Fedra es una enfermedad, y la virginidad de Hipólito una condición morbosa de su sangre. ¿No nos ha explicado ya M. Pierre Janet en la Salpêtrière que el amor es una neurosis? Fedra es una neurópata, una «detraquée»; la falsa acusación que deja escrita antes de suicidarse es una salida de histero-epiléptica.»

En Unamuno, Fedra declara su amor a Hipólito; después, rechazada por él, lo acusa ante su esposo, y padre de Hipólito, atribuyéndole el haberla solicitado; y, como no resiste la vida sin Hipólito (que ha decidido huir de la casa paterna), ni soporta sus remordimientos, se suicida y deja escrita su confesión. A todo esto, nos hemos alejado del divino horror de la tragedia ateniense.

Reputamos como un error la continua invocación a la Fatalidad puesta en boca de los personajes de la *Fedra*. Las últimas palabras de la tragedia las pronuncia el Ama, y vuelven sobre la muletilla: «Decía bien Fedra: era su Sino.» Esto es como dejarle a la obra los

andamios,—procedimiento contrario al que, precisamente, suele recomendar Unamuno,—o querer que, a fuerza de decir: «¡que viene la Fatalidad!», creamos sentir que la Fatalidad se acerca efectivamente. El público es quien debió, por su cuenta, pronunciar la palabra Fatalidad; los personajes no se la debieron dictar al público desde el escenario.

BRADOMÍN Y AVIRANETA

BRADOMÍN Y AVIRANETA

Los *recursos de la astucia,* la nueva novela de Pío Baroja, continúa la serie de las *Memorias de un hombre de acción.* Su personaje central es el histórico Eugenio de Aviraneta e Ibargoyen, cuyo diario ha publicado en Méjico el hijo del insigne investigador García Icazbalceta. Trátase de aquel Aviraneta que fué secretario de Barradas, el que quiso reconquistar la Nueva España. También se le ve pasar por las páginas de Pérez Galdós. En su diario nos aparece como uno de tantos hombres a quienes la vida va imponiendo, poco a poco e insensiblemente, la misión política. Comienza

por ser un buen hombre, y cada vez nos va resultando más sospechoso. Con acierto lo interpreta Baroja; con verdad lo pinta: la acción de Aviraneta más parece una inquietud que una acción: es desinteresada como un deporte, y es aburrida como el ocio. Aventurero frío, acaso importa asomarse a su alma para entender la de los otros aventureros, sus abuelos.

Estas memorias de un hombre de acción evocan, por contraste, el recuerdo de otras memorias: las memorias de cierto marqués de Bradomín, afín de Casanova, a quien ha dado Valle Inclán una existencia luminosa. Bradomín y Aviraneta bien pudieran ser los personajes de un diálogo crítico donde se discutieran los rancios motivos del fondo y la forma en la novela; de si el estilo ennoblece al asunto, o viceversa; de si puede darse buen fondo sin buena forma; de si ambos elementos son separables o se mantienen como un solo ser verdadero. Cada cual alegaría sus excelencias propias: uno su malicia patética, otro su llaneza narrativa; aquél su verdad más bien estética, éste su verdad más bien histórica. Y acaso concluyeran ambos—desechan-

do el criterio ético de lo bueno y lo malo, que no siempre sirve para resolver conflictos del gusto,—que ambos tienen su derecho a vivir: aquél como la nota aguda, y éste como la nota grave; o, en los términos de la ciencia antigua, aquél como temperamento húmedo, y éste como temperamento seco.

Suelen decir que las novelas de Baroja atraen y repelen a un tiempo, como atraen y repelen los sucesos reales e interesantes contados con descuido: en suma, que las novelas de Baroja serían el reverso de la fórmula con que definía Cervantes el tipo de las fábulas pastoriles, al llamarlas *cosas soñadas y bien escritas.* La invención de Baroja, en efecto—aunque menos intensa que en Galdós, y voluntariamente sujeta, por momentos, al cauce de la narración histórica local,—se ostenta como un hecho humano, indiscutible: uno de esos hechos humanos que el buen sentido y el sano entendimiento normal descubren por las encrucijadas de la vida. Pero el estilo, en Baroja, es disimulado, es neutro. (No paremos en errorcillos gramaticales). Y quien lo juzga pobre por no vestir arreos retóricos, olvida que

es un estilo creado por el asunto mismo; que hablar en otro tono de la humanidad de que habla Baroja, sería concebir el arte como un atavío externo y postizo, como una *fermosa cobertura*, que diría el marqués de Santillana.—Y no: es fuerza acabar con esa *fermosa cobertura.* La lengua ha de crearla el asunto. Sólo una cosa hay superior a los dioses, y es la necesidad: el perfil que afecte la piedra ha de obedecer a las leyes del equilibrio. Por eso la mejor regla de escribir bien es la que aconseja depurar nuestros pensamientos y sublimar nuestras posibilidades mentales.

Todavía le pediríamos a Baroja que se ciñera más: que apretara más en la sobriedad, sobre todo cuando toca ideas. Sus narraciones fluyen siempre con una diafanidad envidiable: grande arte hay debajo de tanta transparencia; no se precie el mismo Baroja de escribir sin arte, que sería una puerilidad más. Ya sospechamos los secretos del novelista que acierta a trazar, en dos ragos, la vida y muerte de Torralba, y que sabe hacer sentir el ambiente de odio que la vida provinciana respira. Sólo que, según el consejo de Unamuno, este

albañil, tras de hacer la casa, quita el andamio. ¿Qué necesidad hay de que te enteres, lector, de cómo y por dónde trepó al hacerla?

En cambio en el manejo de las ideas tiene Baroja menos seguridad (1). Léase como ejemplo, un diálogo entre el constructor de ataúdes y el sepulturero, tema de que hubiera salido airoso en un cuento—por no sé qué misterio de la psicología de este escritor,—pero que no nos convence en la novela. Sus ideas, que brillan cuandos las expone en una línea, vacilan en la segunda y se han apagado a la tercera. Más sobriedad en ese punto, y viva siglos Aviraneta. Más cosas caben en el mundo de las que sueña nuestra filosofía: yo veo que Bradomín y Aviraneta se dan la mano,—pese a todas esas pobres gentes atónitas.

---

(1) Años más tarde, Baroja pretende escribir libros de ideas. Y... lector amigo: ¿teníamos o no teníamos razón al pedirle que pasara de prisa sobre las ideas?

II
HISTORIA MENOR

LA PASIÓN DE SERBIA

LA PASIÓN DE SERBIA

I

La *Home University Library* cuenta, entre sus ciento y tantas obras, algunas valiosísimas; todas cumplen su propósito de informar al lector sobre las cuestiones que más interesan a la sociedad de nuestro tiempo, y todas realizan el más alto fin de los libros: el ser, para los hombres, una grata y fiel compañía.

Los directores de la colección son profesores eminentes, humanistas de reconocida autoridad. Entre ellos sobresale el nombre de Gilbert Murray, sagaz helenista que reforma la interpretación de la épica griega,

es capaz de traducir en bellos ritmos ingleses los coros de las tragedias atenienses, y pone al alcance del pueblo los problemas, históricos y actuales, de la obra de Eurípides.

El último tomo publicado en esta colección es un libro sobre Serbia, obra de Miss L. F. Waring, del *Trinity College,* de Dublín, y lleva un prólogo del ministro de Serbia en Londres, Jovan M. Jovanovich.

La crítica, que lo ha recibido con aplauso, lo señala como un producto de esta tendencia, propia de las últimas guerras, a buscar las causas históricas de todo conflicto, sin conformarse con recibirlo y aceptarlo a título de mero hecho bruto.

Antes de examinar esta obra, conviene recordar las circunstancias en que Serbia se adelantó hasta el primer plano de la historia contemporánea.

UN RECUERDO DE LA GUERRA BALKÁNICA

Los Balkanes eran, popularmente hablando, una tierra ignota. De pronto, un fracaso de la diplomacia

reveló, a los ojos de los europeos, la existencia de aquel laberinto de voluntades, de aquel hormiguero de pueblos con legítimos intereses humanos, que hasta entonces sólo le habían parecido pintorescos.

Y la guerra balkánica, en que los pequeños pueblos, embravecidos, sacudían de pronto la tutela de las potencias, era, por otro concepto, un éxito patético. Al parecer, en la imaginación europea, y desde los tiempos en que Hunyady Janos la sofrena sobre el Danubio, Turquía había representado una amenaza: la amenaza de la invasión exótica. La invasión exótica, con su Corán y su harén, sus turbantes, su media luna, sus cigarrillos aromáticos, su «falda-pantalón». Grecia, no hay para qué recordar lo que había representado: «sonrisa de la Historia» le han llamado los libros. Serbia tenía cierta celebridad en rojo y en negro, que le habían dado sus desastres de poco antes. Los búlgaros se destacaban a plena luz con la sorpresa de su organización militar. ¿Y Montenegro? Estas moléculas de la Geografía (¡oh, Andorra; oh, San Marino!) poseen siempre el atractivo de su paradójica pequeñez. La ciencia antigua

llamaba juegos de la naturaleza a ciertos monstruecillos graciosos: Montenegro, país de miniatura, era un lujo o juego de la geografía política. Finalmente, los nombres de los mares vecinos (el Egeo, lleno de rumores ilustres; el Mediterráneo, cuna de Europa), contribuían a dar a la guerra un raro prestigio.

La Sublime Puerta había vivido aplazando sus promesas, y Europa aconsejaba prudencia abstracta y esperanza platónica. Ya en 1877, el conde Schuwalow escribía a Bismarck con escepticismo: «El Gran Visir ha dicho a Descazes y a Derby que el Sultán promete cumplir espontáneamente todas las reformas solicitadas por la Conferencia. Europa va a pedirnos que concedamos tiempo a Turquía».

Como esta situación persistiera durante otros treinta y cinco años, los pueblos balkánicos se aliaron. Montenegro inició la guerra, lanzándose íntegro al ataque, a manera de proyectil.

De todos los pueblos de Europa, fueron los balkánicos los primeros en emprender una guerra verdaderamente nacional. De tiempo atrás, las potencias venían

sorteando el escollo, distrayéndose en pequeñas guerras coloniales, «profesionales», en que se arriesgaba muy poco. O mucho, si os empeñáis, pero nunca la nacionalidad misma. Y la guerra de los países balkánicos era de vida o muerte, era guerra desesperada. Cuando los turcos y los serbios arrimaban los fusiles para combatir cuerpo a cuerpo y a navaja, resucitaban el decoro antiguo de la guerra: no tenía aquella lucha una ingeniosidad de ajedrez, sino una majestad sagrada de Furia.

Entre Turquía y los Estados balkánicos flotaba una masa turbia e informe de poblaciones mezcladas: Macedonia, Albania, las tribus Malissori, que se refugiaban en Montenegro, y con las cuales la Sublime Puerta tenía que tratar como de potencia a potencia. Decía Loiseau que, en aquellos países, asuntos que suelen estar confiados a los jueces de paz provocaban el cambio de apercibimientos diplomáticos. Y todo eso era estopa al fuego. Y la chispa fué tan trascendental, que, tras breve pausa, hizo estallar todos los polvorines de Europa.

Desde el punto de vista balkánico, la guerra era un deber humano; desde el punto de vista turco, era el despertar de un sueño que apenas comenzaba a ponerse halagador. La joven Turquía había triunfado, y después del triunfo se echó a soñar. Y creyó llegada la hora de hermanar a las naciones balkánicas en una confraternidad más o menos impuesta. Los turcos andaban, como se ha dicho, «en busca de un alma nacional». Pero el triunfo de la Joven Turquía dió a los balkánicos una coyuntura por donde limar la antigua cadena. Y los soñadores turcos tuvieron que reducir su ideal al panotomanismo, y, finalmente, a un estrecho y moderado turquismo. El anhelo de un alma nacional tuvo entonces, por un momento, una conmovedora expresión: se hizo literario. Los escritores comenzaron a purgar la lengua de arabismos. Y, por un sarcasmo de la historia, la busca del alma nacional se resolvía, falta de ambiente, en purismo lingüístico.

Para los balkánicos, el problema era, ante todo, de soberanía nacional, de protección para los hermanos perseguidos, de patria, de raza y de frontera. Después

del Tratado de Berlín, enredor del cual gira el problema jurídico de la guerra balkánica, Europa sólo se había preocupado de que se cumplieran las estipulaciones sobre fronteras. Y dicen que la Comisión nombrada al efecto desempeñó su encargo lo más mal que pudo: dividió pueblos, dividió posesiones, dividió casas por mitad. Había, en la frontera de Montenegro, regiones en que una fortaleza turca se interponía entre dos solares de un mismo dueño. Porque levantar fortalezas era también una manía, o una necesidad, turca. En toda línea divisoria alzaban un muro y lo coronaban de guardias. Malo si la guardia era manilarga y tenía fácil la agresión.

Pero, aparte de todo eso, la guerra tenía causas más generales, y el Tratado de Berlín sólo era un pretexto racional que daba salida a las oscuras fuerzas políticas.

LA FATALIDAD BALKÁNICA Y LA ERA HISTÓRICA

Y, en efecto, la geografía es el primer factor de la política. El simbolismo geográfico es una de las mayo-

res fuerzas de la historia. En la literatura, él nos ha dado epopeyas y narraciones, Odiseas y libros de Simbad. A la imaginación geográfica debemos los descubrimientos de Africa, de América, y los crueles dramas polares. Los países de Marco Polo siguen dando nombre a los sueños de la Humanidad. Y cuando se habla de «Tierra Prometida» y de «Paraíso Terrenal», se experimenta toda la atracción de la idea geográfica, y se evoca todo el arrastre de tropeles humanos suscitados por ella.

Si tanto vale la fantasía geográfica, no vale menos la realidad geográfica. Las luchas por la frontera natural son tradicionales. Pueblos divididos por un río son—lo dice la etimología—rivales. «El Egipto es un don del Nilo», se viene repitiendo desde los tiempos de Herodoto. Y el caso de las islas es elocuente: abierta por todas partes a la invitación de las sirenas, la isla parece, unas veces, imagen del riesgo, y otras, del egoísmo. Así, es su destino geográfico lo que permite a Inglaterra disfrutar—primera en la historia moderna—las ventajas de una autonomía congruente y sólida. Cuando al comenzar el siglo pasado, Europa se debate entre obscuras

reacciones, bajo el aliento—no extinguido aún—de Metternich, el ministro inglés puede sonreir «insularmente». Los enemigos de Inglaterra la acusan de tener demasiada «conciencia insular». Recoge el cargo el ecuánime Phillips, y lo explica y lo desvanece Egerton en una obra reciente *(British Foreing-Policy in Europe)*. Y todo ello es discusión, lucha o doctrina que arranca del hecho geográfico y sólo puede explicarse por él.

Y considérese la situación de los países balkánicos, tránsito para el Asia Menor, centro de tres continentes: los países balkánicos, oprimidos en la cabeza por la masa de Europa y sus ambiciones y sus empresas, e inseguros sobre los pies que se hunden en Turquía, necesitan combatir, combatir como condición natural de vida.

Así lo consideraba Bismarck, en su último discurso, cuando anunciaba para aquella región una guerra cada veinticinco años. Ese ritmo largo es como la pulsación o el resuello de los pueblos balkánicos: su «era histórica».

Porque no es verdad que la era histórica sea una división arbitraria, de mero carácter pedagógico. Un viejo proverbio filosófico asegura la continuidad de la naturaleza; pero hay que entenderlo con finura: la vida se desarrolla a golpes de ritmo, y toda ella es tránsitos y categorías. Hay instantes definidos, exactos—aunque nuestra sensibilidad no pueda fijarlos,—en que la brújula humana, pasando de una zona a otra, tiembla con signos de mareo. En el alma de Juliano el Apóstata, por ejemplo, las vacilaciones y recaídas acusan un choque de los destinos. El mundo, como él, se revuelve entonces, atraído por dos polos a un tiempo.

En rigor, no sabemos si la naturaleza es continua; sólo sabemos que es compleja. Y en la complejidad histórica hay lo esencial y lo secundario. Donde se desvía la arteria mayor, aun cuando las redecillas menores se prolonguen en línea recta, acaba una etapa. Cierto que simplificar así las cosas tanto es una manera de entenderlas como una manera de ignorarlas; pero de tales ignorancias está urdida la historia, hija, más que ningún otro arte, del arte por excelencia: el de olvidar.

Así, pues, no sin cierta «superstición del método», nos parece que la gran deflagración balkánica abre una etapa histórica, Al fuego intermitente de los combates, se nos revela entonces un pueblo que ama la libertad con locura: es el pueblo serbio.

De todo esto ha pasado apenas un lustro. Después, todo o casi todo cambia. Las masas se agrupan diversamente. Unas tintas se desvanecen y otras se acentúan. En mitad del cuadro, la misma figura dolorosa tuerce los brazos.

II

El libro de Miss L. F. Waring sobre Serbia nos proporciona una información de conjunto sobre uno de los principales antecedentes de la guerra. La historia de los Balkanes es, por mucho tiempo, una *consecuencia*, más o menos inmediata, de la diplomacia europea. Cuando los países balkánicos, cansados de esta situación, se deciden a obrar sin permiso de las potencias tutelares, el

sentido de la política se invierte, y la actitud de los Balkanes pasa, en cierto grado, a ser *causa* de los acontecimientos de Europa.

La historia de Serbia puede dividirse en tres períodos: 1.º, el de nacimiento y desarrollo, cortado en su apogeo por el «empuje occidental» de Turquía. Este período va del siglo VI al siglo XIV; 2.º, el de servidumbre y reconquista, en que los países balkánicos aprenden a desconfiar de los auxilios de Europa, y también a valerse de ellos. Este período va del siglo XV a principios del XIX; 3.º, finalmente, aquél en que Serbia, según la expresión de Miss Waring, comienza a ser un «peón», una unidad de la diplomacia europea. A éste podemos llamarle el período europeo.

Con la guerra balkánica, o acaso un poco antes, con la revolución de la Joven Turquía, en 1908, se abre un cuarto y último período: el período de la guerra contemporánea.

NACIMIENTO Y DESARROLLO

Los subeslavos, pueblo de pastores y agricultores, logran el permiso de Constantinopla para establecerse entre el Danubio y el Adriático. Poco a poco, entre la hostilidad de los vecinos y la debilidad del caduco Imperio de Bizancio, se engrandecen. Educados para la guerra, enriquecidos por el laboreo de sus minas, parece que, bajo el reinado del gran Dushan, van a incorporarse a la civilización de Occidente. Serbia y Turquía compiten entonces sobre apoderarse de Constantinopla.

Y entonces, en pleno apogeo, Serbia se derrumba bajo el peso de una triple fatalidad:

Primero, la fatalidad de la guerra impuesta. Una leyenda tardía, la leyenda del rey Marko (rey mesiánico que ha de volver un día para redimir a su pueblo, como el Artús de Inglaterra y el Sebastián de Portugal) puede tomarse como un símbolo de la transformación del pueblo labrador en pueblo guerrero. La madre de Marko, cansada de lavar la sangre de los vestidos de su

hijo, le pide que abandone las armas y se gane el sustento con el arado. Entonces Marko se va a labrar, no los campos, sino los caminos por donde los mercaderes turcos acarrean sus mercancías. Como éstos lo atacan, Marko les da muerte con el arado, les quita todo su oro, y lo presenta a su madre diciendo: «He aquí lo que ha dado hoy la cosecha».

Es la segunda la fatalidad geográfica: por una parte, Serbia se encuentra en la zona codiciada por el comercio de Oriente; por las tierras que Marko pretende labrar, van y vienen los mercaderes. Por otra parte, Serbia es la zona de choque del Oriente y el Occidente. Cuando Hunyady Janos detiene a los turcos, destroza bajo sus pies los campos de Serbia. Cuando el turco empuja hacia el Occidente, estrella a Serbia contra las murallas de Europa. ¿Por qué las murallas de Europa no se abren para Serbia? Aquí la tercera fatalidad.

Es ésta la fatalidad religiosa: Quiere el azar que los serbios hayan sido cristianizados, en el siglo IX, por misioneros de Salónica, bajo el llamado rito ortodoxo. Pueblo amante de sus reliquias, Serbia desarrolla una

intensa actividad religiosa que se manifiesta en la arquitectura. Tiene reyes monásticos, y llega a erigir su iglesia nacional en Patriarcado. Si por el Oriente la acecha Turquía, por el Occidente la católica Hungría la considera con recelo, procura su ruina y la deja perecer bajo el turco. Cuando el mundo cristiano reconoce su error, es tarde para salvar a los serbios.

He aquí una anécdota significativa: Jorge Brancovich pregunta a Hunyady Janos: «¿Qué harías con los serbios si ellos te entregasen prisioneros a los turcos?» Respuesta: «Os enviaría a implorar el perdón del Papa de Roma.» Pregunta entonces al Sultán de Turquía: «¿Qué harías con los serbios si ellos te entregasen prisioneros a los húngaros?» Respuesta: «Por cada mezquita haría construir una iglesia. El que no quisiere postrarse en aquélla, quedará libre de venir a santiguarse en ésta.» Y Serbia, seducida por la tolerancia religiosa del turco, ahuyentada por el católico, se va entregando. En un siglo pierde toda su soberanía.

SERVIDUMBRE Y RECONQUISTA

Europa se ha salvado de la invasión turca gracias, en mucha parte, a los serbios. Estos han sido la carne que se da al cancerbero para saciarlo. El humanismo de Constantinopla, que los serbios pudieron haber heredado, pasa ahora, como sobre la cabeza de los esclavos, a difundirse por el Occidente. Allí, del siglo XV en adelante, el Renacimiento y la riqueza de los pueblos. Mientras tanto, en la humillada Serbia, el dolor.

Tres fatalidades dominan este período de la historia Serbia:

La primera es la esclavitud. El pueblo se empobrece bajo los impuestos, sufre violaciones, despojos y carnicerías, se embrutece paulatinamente en los más serviles trabajos. Unos se refugian en las naciones vecinas; en Austria, sobre todo. Otros se ponen fuera de la ley, se arman, se echan a los caminos. Entre éstos se reclutarán más tarde los jefes de la reconquista.

La Iglesia, que, salvo un siglo de desorganización general, se mantiene incólume, sirve de sustentáculo a

los sentimientos nacionales. En el siglo XVIII, la Iglesia sucumbe también.

La segunda fatalidad es la dependencia de la política europea: según que el peligro turco aumente o disminuya, Austria favorece o abandona a los serbios, de quienes quiere usar como de un baluarte. En el siglo XVIII, Rusia es ya potencia de primer orden; y, según que se lo permitan o no sus guerras europeas, Rusia favorece o abandona a los serbios, con quienes le unen raíces étnicas. Por un instante, Rusia y Austria se ponen de acuerdo para protegerlos. Pero las guerras napoleónicas suscitan en la vieja Europa, por reacción, el horror de todo lo que sea «derecho de los pueblos», y Serbia es abandonada otra vez. Así, entre alternativas de guerra y Tratados efímeros, Serbia comienza a redimirse, capitaneada por sus hombres de la montaña.

La tercera fatalidad es la rusticidad de sus jefes. Escogidos entre el grupo de los desesperados, labriegos sin letras u hombres de armas sin la menor idea de gobierno, riñen entra sí por causas insignificantes, se abandonan unos a otros en circunstancias comprometi-

das, y difícilmente se pliegan a la voluntad del caudillo superior. Este los gobierna por el despotismo o por la astucia. Sólo su genio militar permite a Kara George mantener nueve años la guerra de independencia. Sólo su sagacidad admirable permite a Milosch Obrenovich alcanzar, con ayuda de Rusia, el reconocimiento de cierta autonomía para Serbia. Como todos son valerosos, la empresa va saliendo adelante.

A los sucesores de éstos toca resolver el problema interno de la democracia. Entretanto, todas las potencias se han acercado al teatro balkánico.

EL PERÍODO EUROPEO

Serbia había podido escoger entre la protección interesada de Austria y la protección interesada de Rusia. Pero Serbia había aprendido ya a desconfiar. Además, tiene ya a su alcance otras influencias: Francia e Inglaterra comienzan a preocuparse por la suerte de Serbia. Turquía amenaza desmembrarse, y se quiere evitar que el desmembramiento, aprovechando a cualquiera de

los vecinos, comprometa el equilibrio europeo. Serbia puede ser una manzana de la discordia. Los Tratados que las potencias celebran, tienden a aplazar constantemente el conflicto. De aquí la impaciencia de los balkánicos, y las guerras de independencia en toda la Península.

Pero Metternich había dicho que Serbia sería de Turquía o de Austria, y a medida que la marea de la invasión turca desciende, asciende, puede decirse, la marea de la invasión austriaca. Este «empuje oriental», inverso al «empuje occidental», se robustece a medida que aumenta el poder de Prusia y que la política germánica pasa del Gobierno de Viena al de Berlín. Cuando, a través de mil incidentes, se llega al Tratado de Berlín, Bismarck se ofrece a arreglar la cuestión, a título de «persona desinteresada». Rusia, incapaz de proteger a Serbia, cede la empresa a Austria-Hungría. Esta comienza a intervenir en Bosnia-Herzegovina. El Tratado de Berlín es uno de los prolegómenos de la guerra actual.

Cuando, en 1908, la revolución turca da lugar a que Austria afirme su dominio sobre Bosnia-Herzegovina,

Rusia y su aliada Francia tienen que sufrirlo, como se sufre una derrota. Después, vino la guerra balkánica, especie de grito de impaciencia. Después, a fines de junio de 1914, la tragedia de Sarajevo. Lo demás ya se sabe.

Las luchas de Serbia durante los últimos años son las luchas de un pueblo que busca su salida al mar, como una respiración. Serbia y Suiza son, al comenzar la guerra, los únicos Estados de Europa que carecen de costas.

En este período de su historia, Serbia sufre tres fatalidades superpuestas: primera, la rivalidad de las potencias, en sus infinitas combinaciones para mantener la más que funesta norma del «equilibrio». Segunda, la rivalidad de los distintos pueblos balkánicos entre sí; sólo un momento se unen contra Turquía y hasta contra Europa; pronto se dividen otra vez, para recaer en los eternos engaños de la diplomacia. Tercera, la rivalidad interna de las dos dinastías, que hace de Serbia el teatro de sangrientas venganzas y facilita los planes de sus enemigos.

CARÁCTER DE LA HISTORIA SERBIA

Romanticismo y discontinuidad; estas dos palabras lo dicen todo.

Romanticismo: Cuando las legiones de Napoleón vuelven de la conquista de Dalmacia, se produce en la literatura europea una moda balkánica, hecha de falsas importaciones, que los nombres de Nodier y Mérimée ayudan a popularizar. De aquí, unas novelas y unos dramas llenos de misteriosas torres y de vampiros. Esta falsificación literaria no es más que la exageración de un carácter verdadero.

En efecto, Serbia es romántica. De sus reyes monjes, sus iglesias, su amor a las reliquias, ya hemos hablado. Sus leyendas florecen en la época de sus desastres, y su día de fiesta nacional se confunde con su día de luto nacional. La memoria de sus desgracias queda consagrada de tal suerte en la mente del pueblo, que hasta el sepulcro del turco Amurat, el vencedor de Serbia, es lugar sagrado para el serbio. En los días de la esclavitud, el pueblo gime y canta en la guzla, crean-

do una verdadera epopeya lamentosa. Ante las amenazas de la venganza turca, más de una vez el Consejo serbio decide, solemnemente y jurando por su Dios, matar a sus mujeres y niños para ahorrarles la infamia, e internarse a morir peleando en sus montañas. Finalmente, nada más romántico que sus «haiduks», sus bandidos generosos, que viven «airados», como Roque Guinart y como el Cid: en el destierro, porque la justicia les ha faltado; protectores del pobre, mantenedores de la virtud caballeresca, soldados de la independencia, fundadores de monarquías.

Discontinuidad: De tiempo en tiempo aparece en la historia de Serbia un caudillo que rehace, él solo, la nación; la educa, la engrandece y trata de concentrar en algunos años la lenta obra de la civilización. Pero a la muerte del gobernante, todo el edificio se derrumba. El siglo XIV y el XIX presenciaron los dos apogeos mayores; el XV y el XX, los dos mayores derrumbamientos.

De tiempo en tiempo, las potencias vecinas, interesadas en socorrer a Serbia, la engañan y la abandonan.

Rusia está mil veces en el trance del nadador que, presto a salvar a un náufrago, tuviera que volverse a tierra de tiempo en tiempo para evitar que le lleven la ropa. Hungría, primero, y Austria, después, están varias veces a punto de proteger a los serbios; de pronto, los serbios le resultan inútiles o estorbosos. Todos los historiadores reconocen que tampoco las actuales aliadas de Serbia fueron excepción de esta ley. Cuantas veces se ha visto Serbia levantada, otras tantas—con sobresalto—se le ha dejado caer desde la altura. Tanto sufrimiento y tanto valor no es posible recordarlos con indiferencia.



LA HISTORIA DE RUSIA

LA HISTORIA DE RUSIA

Días pasados, en la Residencia de Estudiantes, el profesor Víctor Bérard, huésped durante corto tiempo de España, hizo una exposición sintética de la historia de Rusia. No la han olvidado los que la oyeron; pero la distribución armoniosa de sus conceptos—acaso algo artificial, como no podía menos de ser en un resumen tan condensado,—podrá hacer que el extracto que a continuación publicamos, interese a los que no la oyeron.



Salvo algunas referencias anteriores a la Era cristiana—explicaba M. Bérard,—puede decirse que el pueblo

ruso aparece en la historia hacia el siglo IX, época del emperador Calomagno. Correspondiendo a las tres principales zonas de la Rusia europea, se destacan tres grupos étnicos principales: la Rusia Blanca, la Pequeña Rusia y la Gran Rusia, que se han turnado en el predominio político, pero que siempre se distinguieron por su resistencia a salir del estado anárquico, como no fuera bajo la influencia de poderes extraños.

En cinco etapas puede dividirse la historia rusa:

1.ª Primera civilización rusa; en la Rusia Blanca, al Occidente, con capital en la antigua Novgorod, bajo la influencia de las invasiones normandas (Ruderic). Gobierno feudal y guerrero. Rusia hereda el sable del normando. Contagiado de los navegantes normandos, el pueblo ruso desciende por la parte navegable de los pantanos, y donde los hombres no pueden navegar, se echan a las espaldas la barca—que no es más que un simple tronco hueco. Así bajan por el Dniéper hacia el Sur. ¿Qué buscan al Sur?

2.ª Van hacia el Bizancio; Bizancio, que hoy—por comparación con los tiempos clásicos—sugiere ideas de

decadencia, pero que es, durante la Edad Media, el foco más intenso de atracción para los europeos. Ahora bien: el Dniéper no es enteramente navegable; al llegar a los rápidos que forma junto a Kiev, hay que dejar que las barcas desciendan solas e ir a buscarlas más abajo. Y así el campamento de Kiev (ahora es el turno de la Pequeña Rusia) viene a ser la capital de una segunda civilización, que resulta influída por Bizancio y sus misioneros cristianos. Entonces adopta Rusia la nueva religión, y también las nociones jurídicas del Mediterráneo, y se organiza — abandonando las costumbres feudales—en Estado gobernado por leyes. Y Rusia hereda de Bizancio la cruz y la esfera: la idea cristiana y la idea imperial.

3.ª Pero hacia el siglo XII, la invasión mongólica lo deshace todo. Los rusos, como en un último reducto, se agrupan en torno a Moscou, capital de la tercera civilización. Es el turno de la Gran Rusia. Moscou rinde vasallaje a los príncipes mongoles de Kiev. Y de los mongoles—algo indiferentes en materia religiosa—hereda la idea de gobernar al pueblo como se esquilman los ga-

nados; el látigo, el «knut», y la bolsa de los impuestos. Los tres siglos de monarquía moscovita ven crecer el poder de Rusia hasta los glaciares del Norte, por una parte, y por otra, hasta Kamchaka, en busca del mar.

4.ª Por unos cincuenta años, sin embargo, Rusia parece desaparecer, invadida por los pueblos vecinos. Pero se salva. Capital en Petersburgo, otra vez en la Rusia Blanca. Dinastía de Romanof (XVII). Al advenimiento de Pedro el Grande, el mundo posee ya una nueva noción del Gobierno: la burocracia. Y Rusia adopta la burocracia a la francesa. El soberano, en adelante, queda obligado por las manifestaciones *escritas* de su voluntad. Es el Gobierno de los escribas. Rusia se europeiza, y aparece bajo la forma que entonces venía a ser la más revolucionaria y más nueva. Rusia hereda la «pluma administrativa de Francia». Voltaire exclama: «C'est du Nord aujourd'hui, que nous vient la lumière». Las conquistas de Catalina, con indiferencia de la justicia, son fruto de la nueva administración. Pero sobreviene, a principios del siglo XIX, Alejandro I, que quiere dar a su Estado una apariencia solemne y tradicional, teocrática y mís-

tica. Rusia, que había podido contemplar con imparcialidad la lucha entre la Francia revolucionaria y la Europa conservadora, toma entonces partido. Y aquí la Santa Alianza, y aquí las primeras influencias del militarismo a la prusiana, y aquí la noción de la unidad religiosa del Estado, bajo un dogma ortodoxo. Y de aquí la lucha entre el Gobierno ruso y la inmensa porción no ortodoxa (en que hay todas las creencias europeas y no europeas) de aquel pueblo enorme y heterogéneo. Esta pugna puede considerarse como un compendio de todas las causas que han producido la catástrofe actual.

5.ª Pero una nueva idea de gobierno había ido abriéndose paso en la casa de los zares. De 1905 a 1917, el zar Nicolás va cediendo ante las necesidades, que el Rey de Inglaterra le explicaba en 1908, de adoptar un régimen parlamentario moderno. El despotismo es incompatible con las comunicaciones modernas. El régimen parlamentario, el régimen de opinión es producto del ferrocarril y el telégrafo. Y sucede precisamente que la alianza de Francia con Rusia, tan censurada por

algunos, llevó a Rusia elementos de civilización moderna que se manifestaron en el laboreo intenso de las minas, en puertos y ferrocarriles nuevos, y las consecuencias de todo ello. Cuando Nicolás da a su capital el nombre de Petrogrado, parece que quiere inaugurar una nueva era. Frente a este zarismo «evolutivo», la Zarina representaba la idea tradicional.

Finalmente, M. Bérard sacaba la moraleja intencionada de la historia: es la tercera vez, decía, que Europa presencia un drama semejante. 1.º) En el siglo XV se intenta la reforma religiosa; en el Occidente, en el mundo de tradición grecolatina, el intento es el calvinismo, la libertad de discusión y razonamiento. En el Oriente, la reforma se inclina hacia el logro de la mayor fraternidad y la mayor equidad. Entonces aparece el luteranismo, autoritario y aun monárquico, contrario a la libre discusión; y la reforma religiosa fracasa. 2.º) Durante el siglo XIX, se intenta una reforma política fundada en los principios de la nacionalidad y la democracia. Y Bismarck logra fundar, forzándolos, un Imperio. 3.º) Ahora se intenta una reforma moral y so-

cial, que en el Occidente (Proudhon) es jurídica e intetelectual, y en el Oriente (Tolstoi) es sentimental y apostólica. Como elemento de complicación, se interpone Karl Marx. Lo cual no quiere decir—concluye el conferenciante—que la reforma moral habrá de fracasar, porque la ley moral es como la ley de pesantez en el campo de las cosas humanas.

EN TORNO A LA EPOPEYA DE JERUSALÉN

EN TORNO A LA EPOPEYA DE JERUSALÉN

LOS DERECHOS DE ESPAÑA

Los que gustan de recordar las cosas pasadas—de un pasado completamente muerto—pueden leer la obra de Antonio Vázquez y López-Amor: *Examen histórico-legal del Derecho de Patronato de la Corona de España sobre los Lugares Píos de Tierra Santa* (1882). Como se infiere del título, la obra es polémica y está escrita en defensa de la tesis española. Lo cual no anula su carácter histórico.

Los derechos de España al patronato de los Santos

Lugares comienzan a fines del siglo XIV. Siglo y medio después del último intento de los cruzados, los franciscanos logran establecer el culto en Jerusalén. Cuando necesitan apoyo contra los Soldanes de Babilonia, acuden a los príncipes de la Cristiandad.

Son los primeros en responder los reyes de Nápoles (casa de Anjou) don Roberto el Sabio y doña Sancha de Mallorca, herederos del título, meramente honorífico, de «Reyes de Jerusalén». Así se establece un patronato de hecho, que la Santa Sede no tarda en ratificar mediante una bula. Pero pronto se impone sobre la casa de Anjou la casa de Aragón. El reino de Sicilia ha pasado por completo a ésta bajo don Alfonso V. Finalmente, la conquista de Nápoles por el Gran Capitán concentra en las manos de los Reyes Católicos el patronato de Tierra Santa.

Como se trata de un privilegio excepcional, el derecho de patronato aparece un poco turbio por toda la historia. Además, los patronos suelen distraerse en la solución de conflictos más inmediatos, y muchas veces los franciscanos quedan abandonados a sus fuerzas, en

un campamento de enemigos. Entonces vuelven a pedir el auxilio de cualquir monarca cristiano que pueda protegerlos.

El emperador Carlos, cuyas relaciones con los sultanes turcos—sucesores de los Soldanes—son nulas o completamente guerreras, no siempre halla medio de favorecer a los religiosos. Pero Francisco I de Francia, cuyas relaciones con el turco son más pacíficas, toma a su cargo el proteger a los religiosos, mediante sus agentes directos en Turquía.

Poco a poco se intenta el establecimiento de consulados franceses en Jerusalén, y se logra que sean admitidos los embajadores especiales. Poco a poco llegan a Tierra Santa misiones de capuchinos franceses, a competir con los primitivos franciscanos en celo, en piedad y en algo más. Y así nace una pugna entre el «patronato» de España y el «protectorado» de Francia, que se desarrolla siempre en beneficio de éste. Y aquí el historiador español hace notar que, durante esta paulatina derrota diplomática, a España le toca regularmente costear los rescates de lugares píos, las recons-

trucciones, todos los gastos de la Custodia, y hasta los lujos de los embajadores franceses.

Cuando Roma, con Gregorio XV, interviene en la competencia, alegando su jerarquía eclesiástica, resulta una complicación singular: se crea un tribunal llamado Congregación de Propaganda, que se inclina por Francia. Los generales de los franciscanos no siempre se pliegan a las órdenes de la Propaganda, y tratan de ampararse bajo el monarca español. Pero los franciscanos de Jerusalén, a quienes interesa, más que salvarse a sí mismos, salvar su obra, acaban por transigir con Francia, para merecer el apoyo del gran Luis XIV, y procurar, a su vez, emplearlo contra la Congregación de Propaganda.

La familia conventual está dividida: los *visitadores* representan el punto de vista español, y sólo quieren la conservación de los Santos Lugares. Los otros, los *misioneros*, están por la «misión activa».

«La Santa Sede—dice Vázquez y López-Amor—se veía comprometida e indecisa ante tan encontradas aspiraciones: Francia, con el Protectorado; España, con

el Patronato; la Propaganda, con las reformas en favor de los misioneros, y los Observantes, en son de protesta y resistencia.»

Finalmente, en la misma España, en Toledo, año de 1658, se llega a un pacto entre los derechos tradicionales de la Custodia española y las nuevas pretensiones de la Congregación de Propaganda. La familia italiana se reserva el puesto de superior o guardián; la francesa, el de vicario o jefe monástico; la española, el de procurador o jefe económico.

El 17 de diciembre de 1772, Carlos III firma una Real cédula que puede considerarse como un verdadero resumen histórico de los derechos de España. Considera en ella la continuidad con que éstos se habían venido ejercitando, y declara irregulares todos los acuerdos de carácter temporal relativos a los conventos de Jerusalén, que no hayan pasado por la aprobación del Patrono. Y dicta, para en adelante, varias reglas encaminadas a captar la administración del Patronato, estableciendo que los fondos de la Obra Pía pasen directamente del Patrono de España al procurador de Jerusalén.

Aunque entre vacilaciones y disimulos, la Santa Sede y la Congregación acabaron por plegarse a la voluntad del Patrono, más que por confesar sus derechos, por urgencias de carácter económico. Entonces se procedió a la separación de las cajas de la familia *española* y la *italiana* (que así se llamó a la no española).

La disolución de las Ordenes monásticas, la exclaustración de los regulares y la guerra civil, cambian por completo el estado de cosas. Aprovechándose de ésto, la Congregación logra, en 1847, la unificación completa de las familias, bajo la única potestad de Roma. Las misiones quedan sometidas al Papa, representado por el Patriarca de Jerusalén. Desde entonces la Congregación es dueña de la Custodia, los auxilios del Patrono español no son ya tan indispensables, y el procurador de España pasa a la categoría de simple cajero. En vano el embajador Martínez de la Rosa protesta ante Roma.

A LA EPOPEYA DE JERUSALÉN

EL PASADO Y EL PRESENTE

En la geografía espiritual del mundo, ¿qué hay como Jerusalén? Allí se produce un vuelco de la historia, y desde entonces nuestra civilización queda como imantada hacia los Santos Lugares.

En las rotaciones del tiempo, las causas religiosas se suceden y se yuxtaponen a las causas mundanas. El «sí» se convierte en «no» muchas veces. Otras, lo que parecía imprescindible se vuelve accesorio y ornamental. La conquista de Jerusalén no tiene el sentido que pretendieron los que por primera vez soñaron con ella. Y los hombres de consejo nos aseguran que más vale así.

Troya fué también para el mundo antiguo un vuelco semejante. La *Ilíada* es el eco de una gran convulsión histórica. Y las manifestaciones de ésta tuvieron que ser muy complicadas y muy varias.

Por ejemplo: ¿qué diría el lector si encontrara un día un estudio sobre la *Ilíada* en una revista de Economía Política? No le asombraría probablemente. Los filó-

logos han acabado por descubrir en la *Ilíada* un valor, hasta hace poco insospechado, de «poema económico». Troya, gran centro comercial del Oriente, aposento de regalados sátrapas, atrae los ojos de los belicosos occidentales. Y un gran asalto de la piratería europea acaba por abrir a los griegos arcaicos la puerta de las «Mil y una noches».

Una gran Cruzada puede resolverse asimismo en combinaciones económicas sobre los mercados del Mediterráneo. Todo está en el sentido de la historia que, a veces, asciende de los hechos brutos a las leyendas heroicas, y otras prefiere descender de las leyendas más espirituales a las materialidades más modestas.

El título de «Rey de Jerusalén» ya es sólo la sombra de una sombra. Si, partiendo de los Santo Lugares, se trazan radios sobre una carta geográfica hacia todas las costas del Mediterráneo, se encuentra, al extremo del radio más largo, en el término más distante, una tierra que se llama España. Allí vive el Rey de Jerusalén.

EL HUMANISMO Y EL DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA

EL HUMANISMO Y EL DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA

I

¿CIENCIA O INSPIRACIÓN?

MUCHO antes de las empresas de Colón, Luigi Pulci, poeta italiano del Renacimiento,—en el relato del imaginado viaje aéreo que realizan sus personajes «Rinaldo» y «Ricciardetto», merced a los diablos «Astarotte» y «Farfarello», quienes obedecían a las órdenes del encantador «Malagigi»,—puso en boca de «Astarotte», nuevo espíritu del siglo, motejador irónico y también librepensador, la revelación de que existe otra

nueva parte del mundo, habitada como la antigua, y que se extiende más allá de las columnas de Hércules, en el otro hemisferio. Rinaldo se propone entonces buscar esa nueva tierra, recorriendo los mares de Hércules, que un error tradicional había hecho suponer funestos para los hombres y de todo punto innavegables. (*Il Morgante*, cap. XXV, estrofas 228 y siguientes.)

Esta profecía poética de Pulci—se pregunta el erudito italiano Ambrogio Roviglio,—¿ha de considerarse como una mera genialidad, al igual del conocido pasaje de la *Medea*, de Séneca, donde se anuncia cómo vendrá un tiempo en que, abiertos los mares, aparezcan mundos insospechados? ¿O debe considerarse más bien como el eco de una opinión ya general, fruto de la cultura humanística de la época?

Veamos: aunque al hablar del Renacimiento se tiende a pensar sólo en el aspecto literario y artístico de aquella inmensa revolución, sabido es que la «reforma de los valores» no se limitó a las letras y a las artes, sino que penetró todas las actividades humanas, hasta transformar por completo la idea de la vida. El siglo XV

fué para Italia—y para el mundo,—aparte de su efervescencia literaria, época de intensa preparación científica, si bien la contribución de los humanistas se dejaba sentir mejor en el campo de las bellas letras.

Los tiempos no estaban para más. Todavía imperaba la magia; la astrología, floreciente en las cortes de los príncipes, se enseñaba en las universidades; y aun los humanistas, mientras preparaban la ciencia del porvenir, pagaban tributo a las supersticiones corrientes. Si alguno, como Ficino, se burlaba a veces de estas vulgaridades (y no sabemos hasta qué punto), otro como el famoso Pico della Mirandola, al par que atacaba la astrología, se entregaba a todas las fantasías de la cábala. ¿Que más? Paolo Toscanelli, hombre de ciencia representativo, padeció mucho tiempo las aberraciones astrológicas, y sólo las abandonó en sus últimos años, convencido de que ninguna constelación le era favorable. Gabotto, especialista en estudios astrológicos del Cuatrocientos, concluye que, en materia de astrología, el humanismo italiano se mantuvo en una constante vacilación. Y lo que se dice de la astrología, extiéndase

a la magia, ora sea «diabólica», ora «natural»: especie de física sentimental esta última.

Con todo, en estas lucubraciones vacilantes dormían los gérmenes de la nueva ciencia, en pugna con los decadentes errores medievales.

II

ANTECEDENTES GEOGRÁFICOS

En la amplia curiosidad de los humanistas, que hace de ellos, como siente Burckhardt, hombres universales, tampoco salen desairados los estudios geográficos. Se habla continuamente de viajes a países lejanos, de las tierras del preste Juan, del contraste entre las costumbres de unas y otras regiones, contraste que ayuda a desterrar poco a poco los viejos criterios dogmáticos. Y la verdad es que, ya en el siglo XV, Italia tenía una tradición geográfica bien establecida.

En efecto: las invasiones mongólicas dieron ocasión, en el siglo XIII, a un movimiento de misiones cristia-

nas que, aunque con fines exclusivamente religiosos, contribuyó no poco al conocimiento del Asia central y occidental. En estas misiones iban siempre monjes italianos, como el dominico Ascelino, como el franciscano Giovanni del Pian del Carpine. Y en cuanto a los viajes comerciales de este siglo, recuérdese solamente a Marco Polo, creador de la moderna Geografía asiática, que recorrió el Asia longitudinalmente, descubriendo las riquezas de China. Sobre las misiones asiáticas del siguiente siglo, se deben citar, en primer término, los preciosos relatos de Odorico da Pordenone, que completan a Marco Polo. Otro, Torcello, pretendía destruir la potencia comercial de Egipto abriendo al cambio intercontinental la ruta de Armenia. Y la *Pratica della mercatura*, de Pegolotti, es buen testimonio de la actividad de aquellos viajeros italianos. Por los mismos años recorrían otros las costas occidentales del Africa. A fines del XIV parece que los hermanos Zeno, unos venecianos, exploran el Atlántico septentrional; y algún tiempo después, Querini, veneciano también, naufraga sobre las costas de Noruega. Finalmente, en la carto-

grafía náutica anterior al siglo XV, los italianos ocupan un lugar importante.

III

LA ATLÁNTIDA

En este terreno ya preparado caen durante el siglo XV los abonos de la cultura clásica. No se hacen esperar los frutos.

Los estudios de los antiguos en materia cosmográfica pueden reducirse a tres capítulos: 1) La esfericidad de la tierra. 2) Los antípodas; y 3) La navegabilidad del Océano. La esfericidad de la tierra fué generalmente aceptada por los sabios de la antigüedad, y transmitida por toda la Edad Media en los libros de los árabes. Entre los cristianos, algunos padres de la Iglesia la habían negado, ya por oposición sistemática a la antigüedad, o ya por creerla incompatible con la interpretación literal de la Biblia. En Italia la habían aceptado—para sólo citar nombres importantes—Santo Tomás,

Dante, Petrarca, Cecco d'Ascoli y Fazio degli Uberti. Dante, fiel a la escolástica, considera inhabitado el mundo de los antípodas *(senza gente)*. Ya Petrarca cree en los antípodas étnicos, y ya Pulci exclama:

Vedi che il sol di camminar s'afretta
Dove io ti dico che laggiù s'aspetta.

Respecto a la tercera cuestión, se afirmaba que las mismas aguas bañaban las costas de España y las de la India. Y la discusión, resucitada por los humanistas, se alarga, para averiguar si se trata de un mar muy extenso o relativamente pequeño.

Los humanistas se dan a estudiar y a traducir a Platón, Teopompo, Plutarco, Aristóteles, Tolomeo, Estrabón. Y en ellos encuentran aquella noción de una tierra desaparecida, llamada la Atlántida, noción que poco a poco fué ganando más crédito. Estas tradiciones no eran desconocidas de Rogerio Bacon, Alberto Magno y Vicente de Beauvais, por ejemplo.

Platón, en el *Timeo* y el *Critias*, habla de una isla «más grande que la Libia (Africa) y el Asia». Su relato

influye sobre los exploradores y cosmógrafos del siglo XV, ayudado de las antiguas nociones geográficas puestas al día por los humanistas. Y América, antes que un hecho comprobado, comienza a ser un presentimiento, mitad poético, mitad científico.

IV

EL HUMANISMO MILITANTE

Sin embargo, con excepción de Ciriaco d'Ancona, los humanistas italianos se limitaron a viajar por Italia y parte de Europa; pero a las tierras de sus amores sólo se asomaban en los libros. Así Flavio Biondo y Enea Silvio Piccolomini, que pudo influir en Colón.

Lo importante es que los viajeros, no humanistas por profesión, parecían moverse bajo las instrucciones expresas de los humanistas, y venían así a constituir un verdadero humanismo militante. Buondelmonti recorre el Egeo y permanece algunos años en Rodas; es probable que le haya enviado algunos códices griegos

a Cosimo de Medici. Niccolò de Conti, nuevo Marco Polo, viaja por China y la Indochina, y el papa Eugenio IV hace que Poggio Bracciolini recoja sus interesantes narraciones en el libro cuarto de las *Historiae de Varietate Fortunae.*

Y véase un caso curioso: el de Ciriaco Pizzicolli d'Ancona, quien—bajo las atracciones del humanismo—dejó de ser mercader para convertirse en erudito, y viajó, recogiendo documentos, por Italia, Grecia, el Egeo y el Asia Menor. Sus viajes tienen particular importancia y marcan el primer impulso—vago todavía—de romper el ciclo de la geografía clásica, al cual la gente humanística se venía manteniendo fiel.

La acción se había puesto al servicio de la inteligencia, en el más profundo y armonioso sentido. Soñando con descubrir las islas bienaventuradas de la Utopía, aquellos hombres iban realizando, de paso, una maravillosa utopía, a la que hoy volvemos los ojos con arrobamiento.

Ya se comprende que, dentro del campo especial de la cartografía, también se dejó sentir la influencia del

humanismo. En la carta náutica de Becario (1435) figura, al Sudoeste de Irlanda, la famosa isla del Brazil y una cierta *Antilia*—isla puesta «delante» — que puede ser una de las Azores.

Según quieren algunos, Toscanelli y sus ideas geográficas influyeron directamente sobre el descubrimiento de Colón; según Vignaud, el mismo Colón y el hermano Baltasar, tratando de dar apoyo científico a su proyecto, falsificaron toda la documentación relativa a estas influencias posibles de Toscanelli. En todo caso, las ideas andaban ya en el ambiente de la época, y todas procedían del rumbo señalado por el humanismo.

Luigi Pulci, como quieren algunos, pudo sacar la noción de los antípodas étnicos de sus conversaciones con Toscanelli, aunque de ello no quedan pruebas. Otros ven relaciones evidentes entre los pasajes relativos de su *Morgante* y el *Astronomicon* de Manilio, que por aquellos días reimprimía y comentaba en Florencia el astrónomo y poeta latino Lorenzo Bonincontri. En todo caso, todas aquellas nociones habían venido a ser casi populares.

Añádase a esto que desde la caída de Constantinopla bajo el poder turco, Europa buscaba el paso marítimo para traer las mercancías de la India. Las consecuencias fueron el descubrimiento del Nuevo Mundo, y el descubrimiento de la ruta de Buena Esperanza.

LOS PRIMEROS DESCUBRIDORES DE AMERICA (ANTES DE COLÓN)

LOS PRIMEROS DESCUBRIDORES DE AMÉRICA (ANTES DE COLÓN)

Sin duda el descubrimiento de América es uno de los más hermosos capítulos de la historia. La reciente publicación del «Manual de Arqueología Americana», de H. Beuchat, muy mal traducido del francés e impreso por Jorro en un tomo profusamente ilustrado de más de setecientas páginas, me da hoy ocasión de volver sobre la materia.

Y escojo, de entre los muchos aspectos que ofrece el asunto, aquél—menos popularmente conocido, aunque no por eso desprovisto de interés general—que

nos presenta a los primeros navegantes del antiguo mundo cayendo, mucho tiempo antes que Colón, y como por arribada forzosa, en las playas del Nuevo Mundo.

I

LAS CORRIENTES OCEÁNICAS

Ante todo, procure el lector representarse el Continente americano, separado de Europa, al Oriente, por el Atlántico, y dividido de Asia, al Occidente, por el Pacífico. Recuerde después que ambos Océanos están surcados por corrientes marítimas, verdaderos ríos dentro del mar, las cuales ligan entre sí todas esas moles continentales. Y pregúntese, en fin, si estas sendas naturales, estos «caminos que andan», como diría Pascal, no habrán ejercido una influencia enorme en los días de las embarcaciones veleras.

A las razones de orden científico y social — y hasta de orden literario, como hemos visto en otra ocasión—

que hicieron posible el descubrimiento de América, tenemos ahora que añadir una razón más, de orden estrictamente geográfico: las corrientes marítimas.

¡Cuántas veces una embarcación, abandonada a sí misma o mal gobernada, habrá cedido al régimen de los vientos y a la línea del menor esfuerzo de las corrientes del mar!

Así, en las playas de California vienen a morir los juntos del Japón, arrancados por la tempestad; así ha podido comprobarse que durante el siglo XIX más de quince navíos asiáticos, naufragados, fueron a caer en playas de América.

Y lo que se dice del Pacífico para la corriente del Kuro-Sivo, se aplica al Atlántico para la corriente del golfo y sus ramificaciones. Heredia, el poeta de los *Trofeos*, sentía llegar, hasta el invierno de la playa bretona, el aroma de los jardines de Cuba, su tierra natal, transportado por la brisa marítima:

Ah! Je le reconnais. C'est de trois mille lieues
Qu'il vient, de l'Ouest, là-bas, où les Antilles bleues
Se pament sous l'ardeur de l'astre occidental,

Et j'ai, de ce récif battu du flot kymrique,
Respiré dans le vent qu'embauma l'air natal
La fleur jadis éclose au jardin d'Amérique.

II

LA RUTA DEL PACÍFICO.—¿LOS CHINOS EN AMÉRICA?

En 1761 un académico francés, De Guignes, provocó una discusión agitada, tratando de demostrar que el Fu-Sang de los orientales no era más que el Méjico de los europeos.

En efecto, cuenta el escritor chino Ma-Twan-Lin, que cierto sacerdote budhista, de regreso del Fu-Sang, en el año 499, describe en estos o parecidos términos aquel misterioso país:

«Sus árboles han dado su nombre al país de Fu-Sang. Sus árboles dan unos brotes comestibles, como los del bambú, y unos frutos encarnados, gustosos. De las cortezas se saca la fibra con que se tejen los vestidos. Los habitantes pasean en coches arrastrados por ca-

ballos, bueyes y ciervos. Los bueyes tienen unos cuernos robustos, capaces de soportar grandes pesos. Los ciervos son domesticables, y con la leche de las hembras hacen el queso. Hay mucha uva, cobre en gran cantidad, y del oro y la plata nadie hace caso, por lo abundantes. En cambio desconocen el hierro. Las casas se hacen de madera, y—cosa extraña—a las ciudades les falta la muralla. Los habitantes conocen la escritura, y fabrican un papel vegetal. No tienen corazas ni lanzas, porque son muy pacíficos. El rey se hace anunciar con tambores y clarines, y el color de sus vestiduras cambia, como las estaciones del año. Existen solamente tres categorías de nobleza. Hacia 458, una misión de mendicantes comenzó a difundir en el país la buena doctrina: la del Budha.»

Pero los sabios casi están de acuerdo en que pocos o ninguno de estos caracteres convienen al Nuevo Mundo. Por ejemplo: todos sabemos que los toros y los caballos fueron, para América, una importación española. El horror sagrado que el indígena sentía por el caballo y por el hombre a caballo, fué—puede asegu-

rarse sin paradoja—una de las fuerzas militares que mejor utilizó Cortés. Cuando los señores tlaxcaltecas o los enviados de Moctezuma no querían plegarse a su capricho, «¡Que se van a encolerizar los caballos!», solía decirles, y les enseñaba un garañón que andaba relinchando tras una yegua. A lo cual los indios se sometían atemorizados. Y los artistas de Anáhuac representaban los primeros toros como unos ciervos muy gordos.

Con todo, queda viva la probabilidad de un desembarco asiático en las costas americanas del Océano Pacífico. (Véase E. P. Vinning, *An inglorius Columbus*, etcétera N. York, 1885.)

III

LAS RUTAS DEL ATLÁNTICO.—LOS ESCANDINAVOS EN AMÉRICA.

Las corrientes del Atlántico establecen tres caminos naturales entre el antiguo y el nuevo mundo. Uno

parte del Oeste de las Islas Británicas o de Islandia, y pára en la costa occidental de Groenlandia (ya que la oriental resultaría inabordable por el amontonamiento de los hielos), o bien en las costas del Labrador o Terranova. El segundo—a merced de la corriente de las Canarias y favorecido por el régimen de los vientos—conduce a las Antillas. El tercero, cortando la contracorriente de Guinea, lleva, por la corriente ecuatorial del Sur, hasta el Brasil; o bien, derivando por la de las Guayanas, arroja sobre las Antillas menores.

El segundo camino es el de Colón. El tercero, el de Hojeda y Alvarez Cabral, descubridores del Brasil. Y el primero, ¿no es el mismo que siguiera un día Corte Real? El mismo; pero antes que él lo habían surcado ya los descubridores escandinavos.

La identificación de las tierras americanas recorridas por los escandinavos, ha sido preocupación reciente. Llamábanse esas tierras Groenlandia, Helulandia, Marklandia y Vinlandia.

Islandia había sido visitada desde el siglo VIII por los irlandeses y escandinavos. Y al siguiente siglo, una

verdadera casualidad permitió a un pirata noruego descubrirla otra vez. Eran los tiempos del mar lírico, navegado un poco a la ventura. Y el ocio—ya se sabe—es la base de la investigación; tanto como lo es otras veces la necesidad.

Descubierta Islandia, quedaba abierto para todas las tentaciones el camino del Norte. Unos dos siglos más tarde, los habitantes de Islandia—la tierra blanca o de los hielos—llegan hasta Groenlandia, a la que se ha dado el nombre de «tierra verde», según unos, por el color del mar que baña sus costas, y según otros, para tentar la codicia de los aventureros del Norte, haciéndoles soñar con la fertilidad de sus bosques. Todo es aquí nombres de colores: el fundador de Groenlandia se llama Erik el Rojo.

IV

SEGÚN LA SAGA DE ERIK EL ROJO

Hacia el año de 1000, un naufragio permite al hijo de Erik descubrir la costa firme de América, que a poco es conocida con el nombre de Vinlandia. Los expedicionarios se extienden entre Terranova y el Labrador, por unas regiones boscosas llenas de caza, hasta que llegan a un cabo desolado donde se veían unas dunas y unas estrechas márgenes que les impresionan poéticamente como tierra de maravillas.

De allí enviaron al interior—como Noé enviaba sus aves desde el arca—a sus dos corredores escoceses, que tienen nombres de caballo: Hake el uno y Hekia el otro. Y Hake y Hekia regresaron algún tiempo después, trayendo consigo haces de trigo y racimos de uvas, símbolo de los dones del suelo que pisaban.

Más al Sur, una gran bahía, una isla de difícil acceso, poblada de negros parecidos a los africanos, que na-

vegaban en barcas de pieles y que consintieron en cambiar algunas mercancías con ellos. Parece que vivían en cavernas y que su estado era de lo más primitivo.

Tales son, en resumen, los hechos, al parecer históricos, de que quedan rastros en la Epica septentrional. Más tarde se mezclan con episodios dramáticos y novelescos que ya no merecen ninguna fe.

V

LA HUELLA LEGENDARIA

Durante el pasado siglo, empeñados los historiadores en fijar el punto de desembarco de los escandinavos, creyeron hallar algunas huellas rupestres, como cierta célebre roca de Dighton, en que ya antes se habían querido ver caracteres fenicios y siberianos, pero en la que, al fin, un jefe algonquino pudo reconocer un simple jeroglífico indígena.

Otra vez se trata de una roca de la isla de Monhegan, donde aparecen unos trazos indescifrables, seme-

jantes a los tipos rúnicos, que luego resultan ser rozaduras naturales de la piedra.

Otra vez, Rafn cree descubrir nada menos que un monumento escandinavo en Newport (Rhode Island): una singularísima torre redonda, que no es más que el resto de un molino de viento construído por el gobernador de la isla a fines del siglo XVII.

El profesor Horsford persigue por el Oriente de Massachusetts los vestigios de la antigua Norumbega, y sólo da con yacimientos de civilización europea y postcolombina.

—No—asegura Beuchat—. Los viajeros escandinavos no se establecieron nunca en el suelo americano, y no han dejado, que sepamos, ninguna huella positiva de sus rápidas incursiones.

Y en cuanto a la colonización escandinava de Groenlandia, que duró tres siglos, y de que salieron por lo menos dos grandes expediciones al Continente americano, poco a poco fué decayendo bajo los ataques de los esquimales.

Groenlandia estaba ya completamente aislada de

Europa en el siglo XIV, y sólo había de quedar en especie de narración legendaria, para inspirar imaginaciones de viajeros—junto a los relatos clásicos de la Atlántida y los medievales de la isla de San Balandrán (esta primera versión de la «Isla de los Pingüinos»)—; para robustecer las previsiones sobre la existencia de América, y para determinar a Hall, en el siglo XVII, a emprender por segunda vez el descubrimiento de Groenlandia.

LOS VIAJES DE JUAN DE LA COSA, DESCUBRIDOR DE VENEZUELA

LOS VIAJES DE JUAN DE LA COSA, DESCUBRIDOR DE VENEZUELA

Don Segundo de Ispizua viene publicando de tiempo atrás una obra voluminosa sobre «Los vascos en América». Muchas veces se ha visto en el caso de contar nuevamente la historia de América para ir subrayando de pasada los nombres vascos que se encuentra. Este parece haber sido el método inicial de la obra. Más tarde, el autor comienza a negar puntos generalmente aceptados; resucita antiguas discusiones, y, ya en este cuarto volumen—dedicado al descubrimiento de Venezuela,— se ve en la necesidad de declarar: «El

contenido de este libro se aparta en muchos puntos de cuanto se ha escrito hasta aquí con respecto a la historia del descubrimiento del Nuevo Mundo continental...» Cierto calor de polémica, cierto soplo de regionalismo matizan el tono de la obra. Abundante en documentación, laboriosa, extensa, la obra ganaría con que se hubiera dado tiempo para que se depositaran los datos allá en el fondo de los apéndices, dejando en primer término el agua clara de las conclusiones. Se echa de menos una distribución mayor en los materiales y los asuntos. La reproducción de cartas antiguas aumenta considerablemente el atractivo y la utilidad del volumen.

Todo él resulta escrito en torno a la figura de Juan de la Cosa, el navegante y cartógrafo vizcaíno, cuyas glorias no escatima el autor. No es de este lugar el discutir minucias. Con método estrictamente «constructivo», aceptamos los puntos de vista del historiador, y procuramos darnos cuenta de la perspectiva que ellos nos descubren.

***

Los viajes de Colón a las Antillas no entran por ahora en el debate. Los primeros viajes a Tierra Firme y la atribución y liquidación de los descubrimientos parciales de la costa continental, han sido desde hace siglos materia de controversias y pleitos..Nuestro autor admite que el primero de estos viajes a Tierra Firme es el realizado por Colón en 1498 a las costas de Paria, por Venezuela; sólo que Colón, con una equivocación pintoresca que nos hace pensar en Sancho, declara que aquello es una «ínsula».

—Pero, ¿y la expedición de 1497, de la que formaba parte Américo Vespucio, y que es anterior a todas las que llegaron a Tierra Firme?

—No existió nunca—nos contesta Ispizua—. Forjóla Vespucio, con un estilo lleno de maliciosísimas vaguedades.



A Colón se comienza por declararlo sabio a carta cabal; todos sus compañeros querían robarle sus secretos. Esta es la «posición», quizá muy filial, de D. Diego de

Colón. Después, los abogados de los otros descubridores reclaman, cada uno para sí, parte del tesoro. Si fuéramos a creer a todos a un tiempo, Colón no supo nada de nada, todo lo hizo de casualidad y todo se lo aconsejaban sus compañeros.

No incurre Ispizua en una exageración tan grosera: se contenta con sugerir, muy discretamente, que Juan de la Cosa pudo influir en alguno de los acuerdos del Almirante. Para entenderlo, basta recordar las relaciones entre ambos.

Ante todo, no falta (todo es fatalidad en esta complicadísima historia) quien divida en dos a Juan de la Cosa, el Vizcaíno, dejando a la derecha a un Juan de la Cosa propiamente tal, y a la izquierda a un Juan Vizcaíno. Pero nuestro autor considera esto tan absurdo como vender el gato y cobrar aparte la cola, y así, fundado en buenas razones, opta por la resultante única.

El vizcaíno Juan de la Cosa hace su primer viaje con Colón, el año de 1492. Del vizcaíno era la *Santa María* en que viajaba Colón, y que más tarde vino a perderse en las costas de Santo Domingo. Su segundo

viaje lo hizo el vizcaíno al año siguiente, al lado del mismo Colón. Y cuentan que éste iba haciendo cálculos y planos, y que «caminaba las derrotas con Cosa». No es, pues, tan absurdo suponer que el vizcaíno pudo influir alguna vez sobre el Almirante. Tampoco lo es, antes muy probable, que Juan de la Cosa haya aprendido algo de Colón. Este solía reñir a sus criados Salcedo y Arroyal, porque comunicaban al vizcaíno los mapas secretos. Para esta época, a Juan de la Cosa le llamaban en los documentos «maestro de hacer cartas».

Hizo su tercer viaje en 1499, ya como piloto del capitán Alonso de Ojeda. Con ellos viajaba Vespucio—dice nuestro autor—, o bien en calidad de simple curioso o de mercader. Este viaje va desde un punto situado al Sur de la equinoccial hasta Paria (Venezuela), y desde Paria—donde ya antes había tocado Colón—hasta más allá del Cabo de Vela, en Colombia. A Juan de la Cosa, como piloto, corresponde la responsabilidad y la gloria del viaje, del cual levanta un mapa, publicado en 1500, que es el primero del Nuevo Mundo. Pedro Mártir de Anglería consideraba los mapas de Juan de

la Cosa como los más recomendables. En este primer mapa del Nuevo Mundo figura por primera vez Venezuela, y se establece el carácter insular de Cuba, que sólo ocho años más tarde se había de reconocer oficialmente; pero la verdad es que desde algunos años antes sonaba el ruido de que Cuba era isla.

En 1501, bajo el mando del capitán Bastidas, hace el piloto Juan de la Cosa su cuarto viaje; recorre el litoral colombiano, desde el cabo Vela al Sudoeste, y, pasando por la actual Panamá, llega hasta Nombre de Dios. También de esta vez sacó Juan de la Cosa una carta en que representa la costa colombiana y panameña que había recorrido.

Parece que hizo otros dos viajes a alguna otra parte del mundo. Un sétimo viaje, acaso entre 1505 y 1506, lo lleva desde Honduras hasta los Estados Unidos. Como se admite que en esta travesía lo acompañaba Vespucio, algunos se esfuerzan por darle la fecha de 1497, para sacar verídico el viaje primero que nos cuenta Vespucio. Pero nuestro autor se niega a aceptarlo.

Juan de la Cosa murió unos cuatro años después,

en otro viaje que hizo al Nuevo Mundo. Parece que tenía la costumbre de representar por medio de gráficos todos sus paseos por la tierra; en cambio, se olvidó de contarlos. De modo que, aun para atribuir al vizcaíno los viajes que pasan por de Vespucio, hay que acudir a las narraciones de éste. Nadie sabe para quién trabaja.

PANORAMA DE AMÉRICA

PANORAMA DE AMÉRICA

He aquí un reciente opúsculo de F. A. Kirkpatrick (*South America and the war*, 1918, 4.°, 80 páginas), cuyos conceptos principales procuraremos resumir a continuación, porque ello nos permite apreciar, panorámicamente, el sistema de equilibrio o desequilibrio político de Hispanoamérica: oportuno examen ahora que, según todos los indicios, la historia va a mudarse de casa o, al menos, a ocupar otra más.

F. A. Kirkpatrick se propuso, en una serie de conferencias del King's College, de Londres, prestar un servicio de guerra, llamando la atención del público

sobre el esfuerzo de Alemania para procurarse bases económicas en la América española durante el conflicto, y prepararse allí para el día de la paz, una zona de expansión mercantil. Pero como tenía que dirigirse a un público no suficientemente informado, y como es, además, por estudios y simpatías anteriores, un verdadero «hispanoamericanista», su libro resulta una pequeña monografía, cuyas descripciones geográficas de conjunto, noticias históricas y consideraciones políticas adquieren un valor permanente, aparte de la actualidad que puedan tener. Es útil como primera información sobre América, pero lo es particularmente como prólogo al estudio del cuadro dinámico de las fuerzas interamericanas.

En cortas páginas anuncia muchos problemas que hemos de ir viendo estallar o resolverse uno tras otro.

I

Cubren las veinte Repúblicas hispanoamericanas un área doble de la de Europa y triple de la que ocu-

pan, al Norte, los Estados Unidos. Poseen una población de cerca de ochenta millones. Hay, desde el Bravo a Patagonia, todos los climas, todas las plantas, todos los pájaros. Merced a las diferencias de altitud, una misma tierra ecuatorial contiene, dentro de un contorno de pocas leguas, los productos de todas las zonas. «Costa Rica» y «El Dorado»—observa Kirpatrick—son nombres simbólicos de la riqueza del suelo. Nuestros abuelos, para ponderar el valor de una cosa, solían decir: «vale un Perú». El fingido indiano de *La verdad sospechosa,* cuando quiere darse por rico, dice solamente «que al dorado Potosí le quita la presunción». Los conquistadores, en su asombro, creyeron positivamente que todo lo que relumbra es oro. Anáhuac, en las primitivas crónicas, aparece como una Micenas empedrada de oro, entre los espejos de sus lagos. Moctezuma—«el gran Moctezuma de la silla de oro», en quien el poeta cree hallar la verdadera poesía de América—es un fabuloso Midas que trueca en oro lo que toca; y un día se despoja de sus vestiduras ante Hernán Cortés y sus tenientes, para hacerles ver que no es de oro. La fábula del oro ameri-

cano hacía salir por el mar a los piratas, en acecho de los galeones de Indias; llegaba a Sevilla, donde reclutaba aventureros entre la flotante población picaresca; y entraba, por los puertos secos, a la pobre Castilla, abriéndole como una herida en las entrañas.

Es el mapa de América una caprichosa superposición de triángulos, por el vértice en Panamá y por la base algo más abajo del Ecuador. La geografía, como la historia, parecen dividir las veinte Repúblicas en dos grupos de diez y diez. Comienza el primer grupo, todavía en la América del Norte, por la gran hoz de Méjico, que unos comparan humorísticamente a un cuerno de la abundancia, con la boca sobre los Estados Unidos, y otros, melancólicamente, comparamos a un gran signo de interrogación abierto entre los dos océanos, y que es, en todo caso, cabeza de yunque de la raza. Como dos cuernos, las penínsulas de la Florida al Norte y de Yucatán al Sur se adelantan hacia el Oriente, determinando el golfo de Méjico, y allí parece continuar el sistema un mundo insular, donde encontramos otras tres repúblicas: la isla de Cuba y la antigua

Española, dividida entre Santo Domingo y la República negra de Haití. Pero en el Continente, este primer grupo no acaba en las fronteras meridionales de Méjico, sino que escurre en una cadenilla ístmica—la América Central,—donde se escalonan seis repúblicas: Guatemala, Honduras, El Salvador, Nicaragua, Costa Rica y la reciente de Panamá. Y ya tenemos aquí las diez Repúblicas del primer grupo americano.

(Debo recordar al aficionado que al Noroeste de Méjico cuelga, como un largo arete asiático, la península de la Baja California, la cual ofrece poderosas bases sobre el Pacífico—tal la bahía de la Magdalena—, y que varias veces ha tentado ya al «Coloso del Norte», como se dice en Méjico. Estos días, la Prensa ha publicado la noticia de cierto proyecto sometido al Senado de Washington, sobre la adquisición de la Baja California. Porfirio Díaz había concedido permiso a la escuadra yanqui para fondear en la Magdalena, permiso que se ha renovado varias veces. Medio siglo de historia yanquimejicana está concentrado en el problema de la antigua «Calida fornax», de Cortés.)

Las otras diez repúblicas forman la América del Sur: Colombia, Venezuela, Ecuador, Perú, Bolivia, Brasil, Chile, Paraguay, Uruguay y la Argentina.

La gran vértebra de montañas,—la Sierra Madre,—que da unidad al primer grupo, determinando alturas y llanos, cimas heladas y mesetas tan admirables como el valle donde está la ciudad de Méjico, continúa aquí en la Cordillera Andina; que, acercándose a la costa pacífica, resalta entre los bosques del Amazonas y las llanuras de la Pampa. Por el Sur, América penetra en regiones templadas, adonde no alcanza ningún otro continente meridional, y mucho de lo mejor de América comienza donde acaba el África. Los grandes ríos,—el Orinoco, el Amazonas, el Plata,— dan una fisonomía especial al conjunto que puede estudiarse en las anchuras del privilegiado Brasil. Aquélla es, por excelencia, la tierra habitable para el hombre, comprendida entre los dos trópicos, aireada por corrientes propicias. El contraste entre la costa atlántica sudamericana y la correspondiente de África es notable. Ofrece aquélla un espectáculo familiar de actividad europea. El obre-

ro se pasa el día en los grandes puertos, y vuelve por la noche a su casa, en las colinas de los alrededores. Hacia la otra vertiente, en Lima, por ejemplo, se puede pasar el verano con un traje de «medio tiempo», y bajando unas cuantas millas a la costa, se encuentra uno con un mar frío. La alta llanura de Bolivia se estrecha, al Norte, recorre el Perú y remata en el Ecuador, en la vasta avenida de volcanes que describe Rodó:

«Donde las dos hileras de los Andes del Ecuador se aproximan, convergiendo al nudo de Pasto, reúnen como una junta de volcanes, sin igual en el mundo por lo aglomerados y lo ingentes. Allí, rivalizando en altura y majestad, el Chimborazo, el Cotopaxi, el Tunguragua, el Antisana... Y la plutónica asamblea se extiende a la redonda por la vasta meseta que le sirve de foro; pero no sin que, de trecho en trecho, aquella tierra inflamada, como anhelosa de dar tregua a tanta grandeza y tanta austeridad, se abra en un fresco y delicioso valle, donde vuelca de un golpe todas las gracias que ha escatimado en las alturas, y se aduerme a

la sombra de una vegetación que colora, con la luz de los trópicos, sus jardines de magia.»

En cuanto a la distribución política—exceptuada la república del Brasil, de origen portugués y de lenta evolución monárquica, que da a su historia cierta plácida continuidad—, Kirkpatrick clasifica las repúblicas españolas por zonas: la tropical y la templada. Agrupa de un lado a Venezuela, Colombia, Ecuador, Perú y Bolivia; de otro, a Chile, la Argentina y el Uruguay: éstas más europeas, aquéllas más mezcladas de raza. Y, por pertenecer al mismo sistema del Plata, acerca a éstas la república del Paraguay, encerrada, como la de Bolivia, en el interior del Continente. (El lector debe recordar que la cuestión de las costas para Bolivia está implícita en el actual problema chilenoperuano de Tacna-Arica). Colombia y Venezuela poseen costas sobre el Caribe, este «Mediterráneo del Nuevo Mundo», y completan así el vasto sistema circular de las Antillas, Méjico y Centroamérica; sistema en el cual se deja sentir la influencia directa de los Estados Unidos, y en que, aquí y allá, Inglaterra, Francia y Holanda conservan tam-

bién pequeñas colonias: unas entre las Antillas, otras —más a descubierto del Atlántico—en las Guayanas. De modo que Colombia y Venezuela, y ésta sobre todo, ocupan una situación particularmente compleja dentro de Sudamérica, con las costas vueltas hacia los Estados Unidos y algunas fronteras en contacto con tierras no hispanas. Esta situación, haciendo de Venezuela un ser aparte, la mantuvo excepcionalmente separada del virrey de Lima, y sujeta, por la Audiencia de Santo Domingo, al virrey de Méjico, a Norteamérica; hasta que, tras un período de dependencia del virreinato de Santa Fe de Bogatá, fué erigida en Capitanía general. En cuanto a Colombia, con sus principales centros al Norte y la mayoría de sus costas al Pacífico, sabido es que perdió en 1903 la provincia ístmica de Panamá. «De modo—dice Kirkpatrick—que ahora tiene, prácticamente hablando, a los Estados Unidos por vecinos».

La fábrica actual de nuestra América se levantó en medio siglo—de 1492 a 1542, más o menos—, y conviene recordar como sus obreros principales a Colón, Núñez de Balboa, Cortés, Magallanes y Pizarro.

Las necesidades mismas de la conquista fueron crean, do las divisiones políticas que, en sus grandes rasgos. aún se mantienen. Los antiguos Virreinatos o Capitanías generales, sin duda se determinaron—aunque empíricamente—bajo el imperio de grandes necesidades naturales, porque ellos constituyen las naciones de hoy, y todo plan de fusión entre varias de ellas ha resultado vano.

Las Indias se mantuvieron bajo la dependencia de España hasta comienzos del siglo XIX, y se gobernaban por un sistema de Virreinatos, Capitanías, Corregimientos, Audiencias y Consejos, genuinamente castizo, hasta la reforma de 1780-84, que introdujo un sistema afrancesado de Intendencias y Subdelegaciones. Cuando las nuevas sociedades se hubieron creado, cuando ya los levantamientos no tenían carácter de ambiciosa deslealtad de este marqués o de aquel virrey, sino que eran un hervor natural del suelo, sobrevino la independencia de las antiguas colonias, a la vez que España se debatía en las tremendas crisis de la guerra napoleónica y los posteriores conflictos. Buenos Aires se emanci-

pa y auxilia a Chile. Bolívar liberta a las naciones. Por un instante, toda Sudamérica hizo causa común, y la batalla de Ayacucho selló definitivamente la independencia de los pueblos. En Méjico, que sigue, durante toda esta época, una senda aparte, la independencia iniciada por 1810 y consumada en 1821 da pronto lugar al sueño monárquico de Iturbide. Pero, derrocado éste en 1823, la Republica entra en su atormentada carrera. Guatemala, mecánicamente emancipada con Méjico —y con ella el resto de Centroamérica—, se fracciona después en cinco Repúblicas.

La historia del Brasil corre por otro cauce. Cuando la invasión francesa en Portugal (1807-8), la familia real emigra al Brasil, y establece transitoriamente su capital en Ríojaneiro. En 1821 vuelve a Lisboa el rey Juan VI, dejando a su hijo don Pedro como regente del Brasil, quien poco después—mantenido por la opinión del pueblo—gobierna ya a los brasileños en nombre propio. Mientras la América española se arroja, de riesgo en riesgo, a todas las experiencias del caudillaje, la América portuguesa, en un progreso más lento y

más seguro, se conserva monárquica hasta el año 1889.

Entre el torbellino político de las repúblicas americanas, Chile parece salvarse, tras un corto período de agitaciones, merced al establecimiento de una oligarquía de terratenientes. Sus tres revoluciones son etapas bien definidas hacia un estado constitucional. La Argentina, tras de la tiranía de Rosas, comienza desde 1852 su proceso hacia el equilibrio, que al fin logra con la Constitución federal de 1880. En las repúblicas tropicales, la mezcla de razas dificulta particularmente el problema, y las tierras del Caribe sólo parecen lograr la estabilidad bajo una mano despótica. Lebon, en su sociología barata, había fraguado la teoría de que las razas mestizas nunca pueden vivir en paz (?), y se desesperaba al considerar los treinta y tantos años de «pax augusta» que logró Méjico bajo Porfirio Díaz. Cuando en 1910 se abrió para Méjico una era de revoluciones sociales—etapa a la que todavía no han llegado otras repúblicas del Sur, que, al parecer, están más adelantadas—, el doctor Lebon respiró.

En general, puede decirse que, para todos aquellos

pueblos, comenzó, hacia 1870, una nueva era de prosperidad material y de tranquilidad relativa. Méjico—que había sufrido con la invasión yanqui, primero, y con la fracasada invasión napoleónica, después, las pruebas más heroicas a que ningún país hispanoamericano se ha visto sometido—las había superado ya. Es la época de la gran inmigración y el gran desarrollo económico, hechos salientes en la historia de América durante estos últimos años; la ganadería argentina, el nitrato y cobre de Chile, el café y el caucho del Brasil, la plata y el petróleo de Méjico, los grandes sistemas de ferrocarriles... Los informes de los cónsules europeos durante este último período resultan casi novelescos. Este desarrollo económico coincide con el nacimiento del gran sistema industrial de Alemania. Al mismo tiempo, los Estados Unidos han salido ya al primer plano de las grandes potencias. Esta nación que al principio exportaba principalmente las materias primas de su suelo, se ha transformado en manufacturera: cambio que ha influído en sus relaciones con las repúblicas del Sur. En cuanto a las relaciones de Europa con dichas repúbli-

cas, son ya respetuosas y pacíficas. La influencia de Francia se deja sentir, con mayor o menor intensidad, en la nueva cultura de Hispanoamérica.

Y entonces sobreviene la guerra.

II

La guerra europea, exacerbando las rivalidades entre las grandes potencias, vino a obrar sobre la América española como reactivo, permitiendo apreciar con una claridad casi cínica las disensiones internas de las veinte repúblicas y sus problemas latentes. Alemania, por una parte, y los aliados por otra (sobre todo los Estados Unidos), procuran de una vez enfocar aquellas posibilidades dispersas de energía al inmediato servicio de la gran causa; y así, hacen que los desequilibrios secretos se declaren y que las íntimas simpatías se descubran. En este sentido, el examen que hace Kirkpatrick del cuadro de las fuerzas políticas en Hispanoamérica, aparte de que haya podido prestar, en su hora,

un servicio de guerra, conforme al propósito del autor, posee también un valor desinteresado y científico.

Los puntos de frontera forman el primer capítulo de rivalidades. Cuando las colonias se emanciparon de la metrópoli europea—fracasados los planes de federación hispanoamericana que soñara Bolívar y que son todavía, por lo menos, el gran ideal de los pueblos americanos—aparece la dificultad de precisar las líneas de frontera. Trazadas algunas veces sobre zonas no conocidas, las fronteras son a través del siglo un motivo de continuas disputas que, salvo en el caso de Argentina y Chile, carecen de verdadera importancia mundial. Poco a poco, particularmente en los últimos años del siglo XIX, estas disputas quedan resueltas o semiresueltas de un modo pacífico. El caso de Venezuela y la Guayana inglesa, que afectaba una región aurífera, puede considerarse como típico.

Entre la Argentina y el Brasil, el Uruguay fué por mucho tiempo la manzana de la discordia. Durante el siglo XVIII tal discordia se manifiesta en una maraña de controversias y compromisos. La independencia deja

manos libres a los dos Estados, que recomienzan entonces la disputa tradicional. El Uruguay pertenece geográficamente al sistema brasileño, pero históricamente depende de la conquista española. La Argentina y el Brasil guerrean de 1825 a 1828. Interviene como mediadora Inglaterra, y al fin se reconoce la soberanía del Uruguay. Más tarde, las ambiciones imperialistas de Rosas, el célebre dictador argentino, fracasaron con su fracaso, en el cual tuvo alguna parte el Brasil.

La cuestión entre Chile y el Perú es de actualidad y harto conocida del público. Ella envuelve el problema de las costas para Bolivia. La guerra de fronteras entre Chile, por una parte, y el Perú y Bolivia, por otra (1879-1883), acaba con la ocupación chilena de la Bolivia occidental y de dos provincias meridionales del Perú: Tacna y Arica. Según el tratado de Ancón, que puso término a la guerra, estas dos provincias quedarían por diez años bajo el dominio chileno: «Expirado este plazo, un plebiscito decidirá, en votación popular, si el territorio de las provincias referidas

queda definitivamente bajo el dominio y soberanía de Chile, o si continúa siendo parte del territorio peruano».» El plebiscito pudo llevarse a cabo desde el 28 de marzo de 1894: de ahí el actual conflicto. Las relaciones diplomáticas entre ambas repúblicas no habían sido reanudadas. Mucho se ha dicho que entre ambas no existía una verdadera rivalidad: los lectores del autorizado González Prada saben a qué atenerse.

Capítulo aparte merecen las disputas entre las dos razas dominantes de América: tal la cuestión de Panamá, a que las recientes declaraciones de Wilson sobre la necesidad de indemnizar a Colombia han puesto al día, provocando también la publicación de una nota del ministro de Panamá en la Prensa madrileña. En 1903, Colombia niega ciertas concesiones a los Estados Unidos. Estos apoyan un movimiento separatista de la provincia de Panamá, y, obtenida la separación, establecen sobre la nueva república un protectorado práctico, y logran la cesión del canal. Después afianzan su influencia sobre Nicaragua, y obtienen de ella los derechos exclusivos para todo canal que se proyecte a

través de su territorio. Este problema de la puerta entre ambos océanos es uno de los problemas vitales de América, y reviste, a través de la historia, los más variados aspectos. El istmo de Tehuantepec, en Méjico— posible rival de Panamá hasta cierto punto —, cuenta entre las razones que acabaron por hacer ingrato a Washington el gobierno de Porfirio Díaz.

En torno a la larga pugna entre Méjico y los Estados Unidos se han escrito innumerables libros y se han forjado, interpretado y reinterpretado multitud de teorías. Pero, dice Kirkpatrick, estos fenómenos de conquista son hechos enteramente prácticos, y bien puede uno desentenderse de las doctrinas que los acompañan.

De 1820 a 1824 quedó plenamente afianzada la independencia de las naciones hispanoamericanas. Ahora bien; para entonces los Estados Unidos dominaban en el golfo de Méjico, por la adquisición de la Luisiana y la Florida. Ya en 1826 se interponen para estorbar los proyectos de Méjico y de Colombia, encaminados a la independencia de Cuba, resto del imperio hispano en América.

En Tejas, un Estado septentrional de Méjico, dividido de las demás provincias mejicanas por un desierto y poblado por mejicanos de nombre y anglosajones de raza, sobreviene por 1836 una rebelión separatista. La rebelión tiene éxito, apenas contrarrestada primero por los desacertados esfuerzos de Santa Anna, y favorecida después por sus complacencias afrentosas. En 1845, Tejas se adhiere a la federación yanqui. Finalmente, entre 1846-48, Méjico, en guerra contra la invasión yanqui, pierde la mitad septentrional de su territorio, por una conquista que se resolvió en una compra.

La guerra hispanoamericana de 1898 ha sido una guerra históricamente fecunda. Trajo la independencia de Cuba; y a cambio de ella, dió a España una visión clara y profunda de su política presente, una severa valoración de su pasado, un admirable estímulo de renovación para el porvenir, que los americanos consideran con respetuoso entusiasmo. Por otra parte, trajo también la anexión yanqui de Puerto Rico y las Filipinas. Cinco años más tarde, los Estados Unidos re-

chazan y sustituyen toda influencia europea en la república de Santo Domingo.

Así se ha establecido sobre el «Mediterráneo de América» la influencia dominante de los Estados Unidos, considerada con ánimo diverso por los países interesados, «aceptada por los aliados y celosamente atacada por Alemania».

En esta primera zona de América, Alemania contaba con algunos focos de influencia. En Guatemala había asido lo principal del comercio; algo había logrado en las Antillas (en Haití sobre todo), y quizá en otras partes. El bloqueo inglés, la Lista Negra y la participación de los Estados Unidos en la guerra vinieron a detener esta influencia. Cuba, Panamá, Guatemala, Nicaragua, Costa Rica, Honduras, Haití, se declararon por los aliados. También durante la guerra los Estados Unidos obtuvieron la ratificación de la venta de las Antillas danesas, concertada desde 1912 y obstruída por Alemania.

Alemania había organizado detenidamente su campaña económica en América. Aparte de otros centros

que durante la guerra, y en un momento determinado, hayan podido concentrar su actividad hacia América, podemos citar cuatro principales, exclusivamente consagrados al problema de América: el Instituto Germano Sudamericano, de Aquisgrán, que publicaba una Revista técnica de materias americanas, dedicada a los alemanes, y un periódico en español, *El Mensajero de Ultramar*, con una edición portuguesa, *O Trasatlántico;* la Liga Económica Alemana de Centro y Sudamérica, con residencia en Berlín, que contaba con poderosos auxilios; la Liga Iberoamericana de Hamburgo, que publicaba un semanario ilustrado, *El Heraldo de Hamburgo*, y se proponía crear un centro iberoamericano, y la Liga Germánica de Sudamérica, que se creó recientemente con el fin de concentrar a los alemanes de la América del Sur. Por el momento, la labor de estas Ligas tuvo que reducirse a obtener víveres de América. Antes de su intervención en la guerra, los Estados Unidos eran, naturalmente, el camino natural de estos abastecimientos. En cuanto a la campaña de Prensa en Hispanoamérica, los datos de Kirkpatrick nos con-

vencen de que se limitó a algunos puntos extremos de Sudamérica, dejando libre el golfo de Méjico.

Esta observación requiere algunas explicaciones, porque sobre la probable influencia alemana en Méjico se ha fantaseado no poco: se ha hablado de planes alemanes de alianza entre el Japón y Méjico contra los Estados Unidos, y a veces se ha dado singular importancia a la ruda coquetería de un gobierno que simplemente procuraba sacar el mejor partido de la situación para su propio sostenimiento. Dentro del «Mediterráneo americano», es Méjico el país más robusto de Hispanoamérica, y el que, en consecuencia, puede dar más señales de personalidad propia, aun en medio del desbarajuste general; y eso es todo.

En el libro de Mr. J. W. Gerard—último embajador yanqui en Berlín—*Frente a frente del kaiserismo* (Hodder & Stoughton, 1918), encontramos sobre este particular algunas notas rápidas; notas de diario, que no son más que un comadreo diplomático. El libro ha merecido cierto éxito grueso de oportunidad, y contiene materiales que el historiador aprovechará, pero no

ciertamente sobre el punto que aquí exponemos. Si es verdad, como escribe Gerard en abril de 1916, que cincuenta millones de alemanes lloraban todas noches al ver que Méjico no se levantaba contra los Estados Unidos, habría que convenir en que Alemania cuenta con no menor cifra de ignorantes. Lo único que debemos conservar como hecho absoluto es esto: Méjico constituía, para los Estados Unidos, y desde antes de la guerra, el más serio problema interamericano; luego era el que más les embarazaba, ante la posibilidad de intervenir en el conflicto europeo. Que Alemania haya soñado con algunos aprovechamientos parciales de semejante situación, también cabe en lo natural (1). Pero respecto a la conducta misma de Méjico, ahora, a la luz de la post-guerra, puede apreciarse hasta qué punto estaba empeñado (aparte de los necesarios egoísmos de un gobierno algo inseguro que iba aprovechan-

(1) Sólo en este sentido pueden aceptarse algunos incidentes relatados por Mrs. Alec Tweedie en su libro *México: from Diaz to the Kaiser*, título dictado sin duda por la actualidad, pero no por el rigor histórico.

do los vientos para no naufragar entre la tormenta) en la solución de sus propias cuestiones sociales. Precisamente las nuevas cuestiones sociales, de orden semejante a las que han aparecido en Méjico, van a ocupar ahora la atención del mundo, y ahora todos las consideramos ya como los verdaderos y definitivos problemas a que la guerra europea tenía que conducirnos. Las observaciones episódicas de Gerard sólo ponen de manifiesto el hecho de que Méjico era un embarazo para los Estados Unidos. Ejemplo de la pág. 85: «La declaración publicada en los periódicos americanos de que nuestra guardia nacional no puede ser movilizada hacia Méjico por falta de coches-camas, ha dado ocasión a muchas burlas, porque aquí suelen ir al frente hasta en carretas.» Y el capítulo que se llama «Intrigas alemanas en Méjico» (notas del diario que van de agosto de 1916 a enero de 1917) trata de todo menos de lo que ofrece. Sólo en la pág. 91 recogemos la noticia de que, en 1915 (!), Alemania propuso a Inglaterra una intervención conjunta en Méjico. Pongamos que haya querido decir el autor «hace unos dos años» (1914), en

lugar de «el año pasado» (1915): en todo caso, se trataba entonces de una intriga «contra» Méjico, más bien que de una intriga «en» Méjico.

Como parte de la campaña alemana, Kirkpatrick recuerda que, según cierta correspondencia publicada por las autoridades de Washington, el ministro alemán en Buenos Aires habría logrado que el Gobierno argentino solicitara de Chile y Bolivia cierta aproximación para crear una liga antiyanqui. También recuerda el intento del presidente Irigoyen para una conferencia entre los neutrales de América. De este intento, debemos decir que llegó «al día siguiente»; en efecto, «un día antes», allá por el 8 de diciembre de 1914, reunidos los representantes de América en el edificio de la Unión Panamericana de Washington, conocieron una Memoria de Mr. Lansing, el secretario de Estado, en que explicaba éste el nuevo concepto de la neutralidad, impuesto por la guerra actual, y la necesidad de abandonar el antiguo régimen jurídico de los neutros, que los condena al simple abstencionismo o pasividad.

Mucho más claro es el caso de las florecientes po-

blaciones germanoparlantes del Sur del Brasil, y allí fué también muy clara y enérgica la decisión del gobierno brasileño, que hasta el régimen de listas negras hizo innecesario. Los emperadores brasileños habían atraído una gran inmigración alemana de 1825 a 1860. Parece que el último censo daba una población de 400.000 colonos alemanes, que vivían en ciudades germanizadas, con iglesias, escuela y prensa propias. La creación de este núcleo era anterior al moderno imperio alemán; pero tanto mejor para Alemania, si se lo encontraba ya hecho en su camino. Hasta se pensó en formar una pequeña república, al arrimo de las turbulencias creadas por las luchas de emancipación; pero no se pudo contar con un juego conveniente de los intereses internacionales. Cuando el Uruguay se decidió a captar los barcos alemanes surtos en sus costas y a abandonar la neutralidad, pudo temer una invasión germánica del Sur del Brasil, y solicitó la ayuda eventual de la Argentina para impedirla.

Por otra parte, los emigrados de la revolución alemana de 1848 se habían refugiado en el sur de Chile.

Alemania pudo proyectar una base marítima en aquella costa del Pacífico, y en ese sentido pretendía mediar la Liga chilenogermana que se formó en 1916.

Kirkpatrick advierte en Inglaterra como en Francia, en Holanda como en el Japón y los Estados Unidos, cierto movimiento hacia Hispanoamérica, más desinteresado que el simple deseo de aprovechar para la guerra la situación y recursos de aquellos pueblos, aunque, por fortuna, de acuerdo también con los legítimos intereses de todos. Se trata, dice, del «reconocimiento de la América latina», en que la misma Francia ha sido tardía. Hispanoamérica, continúa, es el país de mañana; es decir, que es joven. Joven, por su turbulencia y por el aspecto desconcertante que en ocasiones ofrece a la rutinaria mente europea; joven, por su ingenua imitación de París y por sus hábitos de ostentoso derroche; joven, por un amor propio nacional, que es rasgo típico en el hispanoamericano; «porque el español, añade, tiene todavía una indiferencia más altiva que la del inglés respecto a la opinión que los extranjeros se formen de su patria.»

¿Cuál puede haber sido el efecto de la guerra sobre estos pueblos jóvenes, acostumbrados a depender económicamente del régimen europeo y a recibir hechas las soluciones de muchos problemas de la vida? El enfrentarlos más severamente consigo mismos, con su naturaleza y recursos, dignificando su sentimiento nacional al rectificarlo, y produciendo a la vez una consolidación interna y un resurgimiento del ideal del americanismo, representada simbólicamente en el Cristo de los Andes. Con entusiasmo advierte Kirkpatrick que los americanos solemos hablar de «nuestra América». ¿Qué europeo—se pregunta—podría hablar así de «nuestra Europa»?... «Et pour cause». Y sueña con que la Hispanoamérica de mañana cumpla la profecía de Canning, devolviendo su equilibrio al Antiguo Mundo.

Hasta aquí el americanismo. Pero ¿y el panamericanismo? El problema de las relaciones entre las dos razas de América gira en torno a la doctrina Monroe. Si ésta basta para defender a América de las agresiones de Europa, no así de las mismas agresiones de Améri-

ca. «No ha sido poderosa—escribe Kirkpatrick—para proteger al Perú de Chile, o para proteger a Méjico y a Colombia de los Estados Unidos.» Y entonces se propone, como un correctivo a estos males, el panamericanismo, régimen parlamentario interamericano fundado en el ánimo de fraternización. Pero ¿puede el panamericanismo tener un pleno sentido político, o sólo un sentido modesto, más o menos ligado a la realidad geográfica?

El economista Pepper advierte que la masa de la población sudamericana ha vivido hasta hoy más bien del régimen atlántico y europeo que no del norteamericano.

Y Kirkpatrick, además, advierte que los mapas de la Unión Panamericana dejan en blanco el Canadá, siendo así que un neoyorkino está más en terreno propio en Toronto o en Halifax que en Buenos Aires o Ríojaneiro. Luego algo hay de artificial en el panamericanismo, como, por lo demás, en todas las combinaciones políticas, y así, es natural que unos fíen y otros no fíen en el panamericanismo. Entre estos últimos

debe acordarse, en primer término, al escritor yanqui Usher. Finalmente, las semejanzas que entre una y otra porción de América pueden descubrirse, se reducen a ser «tierras nuevas», recientemente arrancadas de una metrópoli transatlántica, y más o menos republicanas y democráticas. La suerte del panamericanismo depende, pues, de que los beneficios prácticos que propone sean o no suficientemente poderosos para romper las barreras de raza, lengua, religión o sentimiento filosófico de la vida, derecho, costumbres y tradiciones.

Y la obra acaba recordando el papel que puede tocar a España en este «reconocimiento de América», y con ese ánimo de optimismo internacional característico de los días en que se vió venir el fin de la guerra.

ÍNDICE

ÍNDICE

Páginas

I. Crítica.

La novela Bodegón 1
La parodia trágica 17
El cine literario 35
Una novelista de nueve años 47
Sobre la nueva «Fedra» 59
Bradomín y Aviraneta 71

II. Historia menor.

La pasión de Serbia 81
La historia de Rusia 107
En torno a la epopeya de Jerusalén 117
El humanismo y el descubrimiento de América 127
Los primeros descubridores de América (antes de Colón) 141
Los viajes de Juan de la Cosa, descubridor de Venezuela 155
Panorama de América 155

Este libro se acabó de imprimir en Madrid,
en los talleres tipográficos del Suc. de
E. Teodoro, el día 31 de marzo
de 1921.

